ESCALOFRÍOS TERROR

RALPH BARBY

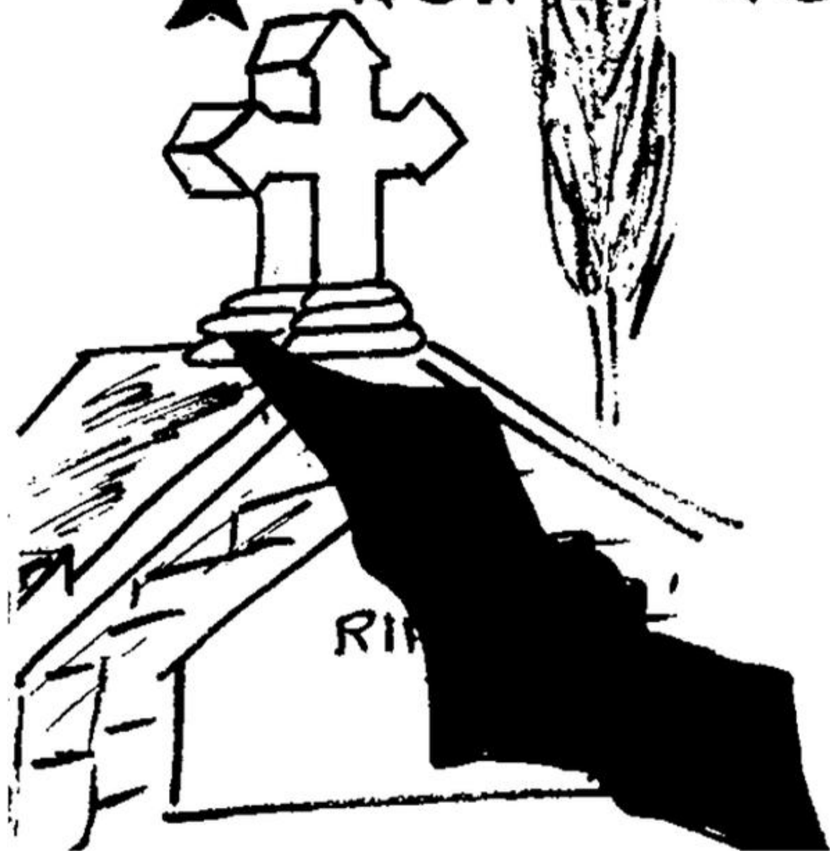
11

PODERES DE LA MENTE



escalofríos de

TERROR



RALPH BARBY

PODERES DE LA MENTE

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 11

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-043-6
Depósito Legal: M 5843-1988

1ª edición: abril 88

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

FUTURA - GIESA

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Al abrir los ojos, Rosalie vio la luz de un nuevo día. Se sentía decepcionada. Había soñado y deseado tantas cosas para su viaje de bodas…

Entre risitas cargadas de complicidad y rubor, había oído contar mil historias referentes a la noche de bodas y las siguientes. Has, hasta aquel momento, su flamante marido no la había complacido en nada.

Se había casado con ella, pero ¿acaso todo debía reducirse a una pomposa ceremonia, a una fiesta con muchos invitados y luego un viaje a un lugar lejano, exótico o solitario?

No le extrañó que Laurent no estuviera a su lado en la cama, una cama muy ancha, con sábanas de seda.

Laurent era rico y podía costearse lujos y comodidades. La familia de Rosalie no era muy rica, pero sí estaba bien acomodada.

No tuvo prisa en levantarse y arreglarse para bajar a desayunar, no tenía prisa para nada. Debía dejar pasar las horas del día hasta que llegara la noche y con ella, una nueva decepción. Diez días en aquel lugar se le iban a hacer largos y tediosos. Después, proseguirían viaje hacía París, Viena, Roma.

El día era tranquilo. No podía decirse que hiciera calor ni frío, tampoco que el cielo se viera azul. Era un cielo gris claro en el que destacaba la blancura de las gaviotas marinas.

—Buenos días, querida.

Rosalie lo dejó sentar a la mesa sin decirle nada. En sus grandes ojos azul claro había una mirada de reproche, también de menosprecio.

Después, dándose cuenta de que corría el peligro de ser demasiado severa y dura con su marido, centró sus pupilas en la

taza.

—Creo, creo —dijo él algo vacilante, prolongando su mirada hacia las vidrieras. A lo lejos estaba el mar; en torno a ellos, un montón de mesas vacías—. Habrás de tener un poco de paciencia conmigo.

Molesta e hiriente, Rosalie dijo:

—Creí que eso lo decían las recién casadas y no los hombres recién casados, aunque tú pensarás que estoy diciendo una vulgaridad de mal gusto.

—Tú nunca dices vulgaridades, querida, lo que sucede es que no soy un hombre muy vigoroso y tengo unos días depresivos.

—Tú decidiste venir a este sitio tan solitario.

—Es cierto, me lo recomendaron como lugar Ideal para una pareja de recién casados, pero quizás haya demasiada soledad.

—¿Por qué no abandonamos este lugar?

—Bueno, trataré de complacerte, pero los billetes para el resto del viaje no es bueno cambiarlos, las plazas están reservadas en los hoteles.

—Está bien, nos quedaremos y nos abrigaremos. Si hiciera un poco de sol, quizás tú… No sé si por aquí habrá algún restaurante íntimo donde sirvan menús afrodisíacos, claro que si tu madre me oyera hablar, se escandalizaría. Dios mío, qué vergüenza —se burló Rosalie.

—Por favor…

—Me habían dicho que eras un hombre débil, con pocas fuerzas, pero no pensé que fuera hasta ese punto.

Laurent, más que ofendido, se sentía molesto consigo mismo.

—Posiblemente no sea ningún semental, pero cumpliré con mis obligaciones conyugales. Deja que me reponga. Es un problema de hígado, estos días estoy algo dolorido, quizás me sentó mal alguna cena.

—¿La despedida de soltero? —Trató de bromear, pensando que quizá estaba siendo demasiado dura con Laurent.

—He estado paseando desde el alba y he descubierto un buque varado, está sobre la arena y las piedras. ¿Te parece que paseemos hasta él? —preguntó, cambiando la conversación que tanto le molestaba.

—¿Crees que merece la pena?

—Sí, ¿por qué no? Como tú has dicho, hay pocas diversiones aquí.

—Bueno, si no me haces andar demasiado.

—No temas. Ahora conozco el camino y alquilaré un cabriolé, será mejor que un automóvil.

—Lo que tú digas. La verdad, a falta de lo que no sucede, lo mejor sería bullicio, fiestas. Quiero ir al «Moulin Rouge» y al «Lido» cuando lleguemos a París.

Rosalie se vistió con ropa cómoda pero siempre elegante. Así había sido educada y además podía costearse buenos modistos.

Cubrió su cabeza con un sombrerito ajustado de fieltro blanco con cinta roja.

El caballo que timaba del carruaje era un alazán grande pero muy calmado que Laurent condujo con facilidad. El animal obedecía dócil y así se alejaron de la pequeña población marítima en la que se hallaba el hotel donde estaban alojados.

—El paisaje es hermoso, ¿verdad? —comentó el hombre.

—Me gustaría con más calor, con más sol, un sol como el de España, Italia o Grecia.

—Tenemos mucha vida por delante y visitaremos todos esos países —prometió—. Ahora sólo hacemos que comenzar una nueva vida juntos.

—¿Comenzar? —repitió con un suspiro, sin mirar a su marido. Pensó que quince años quizás fuera demasiada diferencia de edad entre ambos.

No tenía muchos deseos de dar aquel paseo, hubiera preferido disolverse en el bullicio de una gran ciudad.

Tenía la impresión de que los empleados del hotel, puesto que no había más huéspedes que ellos y un matrimonio muy anciano que pasaba allí la mitad del año, la observaban irónicamente, como si conocieran el fracaso de su Intimidad, aunque también trataba de convencerse a sí misma diciéndose que sólo debía ser una idea suya, pues nadie debía saber nada, o quizá si. Las camareras que arreglaban las alcobas tenían mucha experiencia en su oficio y observarían detalles significativos que luego se tornarían rumores llenos de burla.

—Mira, allí está el barco.

Laurent señaló en la lejanía, arrancándola de sus pensamientos.

Aquel paseo podía haber sido más Interesante por la mañana, pero hablan esperado a hacerlo por la tarde, tras la digestión del almuerzo.

El buque era negro y destacaba poderosamente sobre el suelo arenoso y con muchas piedras.

—Está Inclinado —observó la joven.

—Lógico, está fuera del agua y sin puntales que lo mantengan adecuadamente. A pesar de todo, no está demasiado escorado, quizás porque la quilla está muy hundida en la arena.

—¿Y por qué está ahí? El mar está mucho más lejos.

—No soy marino y sé pocas cosas de la mar, de los océanos y sus misterios. Cuando yo era niño, solían venir a visitar a mis padres varios marinos. Uno de ellos era vicealmirante, pero me atraían más las historias que contaba el capitán de un buque mercante. Te juro que despertó en mi el deseo de convertirme en marino y hacerme a la mar.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque cuando debía inclinarme por los estudios de marino, me mandaron a las montañas de Suiza y allí, ya sabes que no hay mar.

—Ya, cuando te pusiste enfermo del pecho. Henos mal que conseguiste reponerte.

—En realidad, ahora estoy más preocupado por el hígado que por el pecho, pero te ruego que no hablemos de ello, disfrutemos del paseo.

—¿Habrá alguien ahí dentro?

—No, me han dicho que no.

—¿Quién?

—Un viejo al que le he comentado este descubrimiento. Me han dicho que hace mucho tiempo que ese buque está ahí. Llegó una noche de tormenta huracanada en la que parecía que todos los Infiernos se hubieran abierto.

—¿Y los marineros de ese buque?

—Nunca se les vio.

—¿Se trata de un buque fantasma?

—¿No querías diversión, Rosalie? Pues, ya la tenemos, nada menos que un buque fantasma. ¡Arreee! —gritó, sacudiendo las riendas para hacer trotar al alazán en dirección al buque.

—¿Por qué tanta prisa, si no podremos subir? —observó la joven.

—Te reservo una sorpresa —dijo él, contento por poder sorprender a su esposa.

Pasaron por delante de la proa del viejo buque fuertemente oxidado. Las letras del nombre estaban tan borrosas que era casi imposible leerlas.

—Mira qué agujero tan grande. Debió chocar contra alguna roca, se hizo una vía de agua y fue a la deriva. Después se ha ido oxidando y el boquete se ha hecho más grande.

—Sí, ya veo —admitió Rosalie—, pero no le encuentro diversión a esto. Preferiría verme en un gran transatlántico con rumbo a Nueva York, con grandes fiestas a bordo.

—Sólo piensas en fiestas, querida.

—Será porque me aburro y eso, en una recién casada en su viaje de bodas, resulta imperdonable, para el marido, claro.

—Esto es como una aventura. Entraremos y lo visitaremos.

—Esto es una aventura para chiquillos que se han escapado de la escuela —le objetó ella.

Laurent no parecía dispuesto a dejarse vencer. Pegó el cabriolé al deteriorado casco del barco, junto al agujero, e indicó a su mujer:

—Desde el cabriolé podemos saltar al interior del barco, no nos hará falta ninguna escalera.

—No le veo diversión alguna a entrar ahí, estará todo sucio y oxidado.

—Subiremos a cubierta y veremos el mar a lo lejos. Vamos, decídete, es excitante. Rosalie se vio arrastrada. Tuvo que hacer equilibrios y saltar desde el pequeño carruaje al barco por el interior del gran agujero que había en el casco. Era un agujero de algo más de dos metros de diámetro, suficiente para pasar por él sin dificultad.

—Hay poca luz. ¿Qué es esto?

—Debe ser la sala de máquinas.

—¿Tú entiendes de barcos?

—No mucho, pero se deduce. Ven por aquí, ten cuidado.

—Aquí abajo hay agua, querido.

—Debe ser de las lluvias. ¿No ves que está en seco?

—Pues algo se mueve dentro del agua.

—¿Que se mueve?
—Sí, sí, se mueve.
—Serán peces —opinó Laurent.
—Si es agua de lluvia como dices, ¿de dónde han salido los peces?
No resultaba fácil caminar por el interior del barco debido a la fuerte inclinación que tenía. Pese a la escasa luz, Rosalie iba buscando puntos de agarre. Los suelos estaban mohosos y resbalaban. Comenzaba a tener la sensación de que se estaba ensuciando.
—Un buque abandonado tiene su encanto —decía Laurent buscando el eco de su propia voz—. Serla más divertido si lo hubieras abordado en alta mar.
—Sí, con el agujero por donde hemos entrado para que se hundiera, ¿verdad?
—Aquí no se puede hundir. Algún día, alguien se fijará en él y lo desguazará, lo harán pedazos como a una ballena, aunque por lo que veo, este buque mercante es muy viejo y tiene más madera que hierro.
—¿Adónde vamos ahora?
—Por aquí arriba se camina mejor, es un corredor estrecho que tiene puertas.
—No habrá restos humanos, ¿verdad?
—No creo.
Fueron visitando las estancias, opinando sobre las que podían haber sido dormitorios para la tripulación o para algunos pasajeros. Algunos mercantes como aquél tenían camarotes para unos pocos pasajeros. Solían hacer viajes que no eran rentables para los grandes buques de viajeros y por ello admitían pasaje.
—¿Y el camarote del capitán? —preguntó Rosalie.
—Puede estar en otra parte, quizás no deseaba mezclarse con la tripulación y los pasajeros.
—Hum, el capitán es un dios en su barco. ¿Qué capitán sería para dejar que su barco quedara así como éste?
—No lo sé. SI te interesa mucho, trataré de averiguarlo.
—No, no, no tengo ningún interés, ya ves que ni el nombre puede leerse.
Siguieron avanzando, viendo muy mal a veces por la falta de

luz. Revisaban estancia por estancia, aún a riesgo de encontrarse con algo desagradable.

El buque, por dentro, era mucho mayor de lo que parecía visto desde el exterior. Subieron y bajaron escaleras, avanzaron por pasadizos hasta llegar a una escalera metálica muy empinada.

Ante ellos quedó una amplia nave en la que grandes columnas sostenían y fijaban el techo uniéndolo al piso que, por supuesto, no era el más hondo del buque. Podían ver aquella amplísima estancia gracias a una boca de carga de cubierta que estaba levantada y por la que penetraba la luz clara pero débil de un día brumoso que moría.

—¿Qué es esto, un gran salón de baile?

—No, querida, esto es una bodega de carga, posiblemente la central. En los buques mercantes, estas bodegas tienen mucha Importancia. SI la carga se desplaza en la bodega por un golpe de mar, el barco puede escorar e irse a pique.

—No entiendo nada de lo que me cuentas, pero esto es muy grande. ¡Oooooh, oooooh! —gritaba Rosalie buscando un eco que se producía y multiplicaba rebotando en las paredes vacías.

—¿Cuántas veces esta bodega habrá Ido llena surcando los mares? —comentó en voz alta Laurent—. ¿Qué transportaría en su último viaje?

—Llevara lo que llevase, aquí no queda nada.

—Sí, una vez escorado descargarían el buque y lo abandonarían por inservible. No saldría a cuenta repararlo por lo deteriorado y viejo que está. —Suspiró largamente—. ¿Te diviertes ahora, Rosalie?

—Ya que no hay otra cosa.

—Esto es diferente al hotel, a tu regreso podrás contar esta aventura.

—¿No oyes un rumor?

—Si, y no sé a qué se debe, quizás estas grandes bodegas vacías produzcan ruidos, hay contracciones y dilataciones.

—Pero, el rumor se hace más fuerte.

—Bueno, pues salgamos de aquí. Hemos de encontrar una escalera que nos lleve a cubierta, ya no sé el tiempo que llevamos dentro de este buque abandonado y muerto.

Hallaron dos escaleras descendentes más que iban a dar a otras

tantas bodegas o a salas de máquinas inundadas. Al fin, a tientas ya por la falta de luz, salieron a cubierta.

—Se ha hecho de noche —observó la muchacha—. Deberíamos regresar al hotel.

—Si, tendremos que regresar, pero el ruido es más fuerte…

Caminaron por cubierta, inclinada unos veinte grados. Llegaron a la baranda y pese a la poca luz que había, Rosalie abrió mucho los ojos, asustada.

—¡Laurent, Laurent, estamos en mitad del mar!

El hombre no comprendía. Veía que el buque abandonado estaba rodeado por las aguas, aguas que cubrían la amplísima playa y que el cabriolé no estaba. El caballo, asustado por la llegada de las aguas, podía haber huido.

—¿Una marea alta? ¡Si las aguas se pierden hacia el bosque!

—Porque la playa es muy llana. Sólo que el agua suba dos palmos, llegará muy lejos en horizontalidad.

—¿Dos palmos? Creo que el mar ha entrado en el buque por el agujero, por eso había peces.

—¿Quién podía Imaginar que aquí hubiera una marea tan alta? Es extraordinaria, habrá subido dos metros.

—¿Dos metros? Es suficiente para ahogarnos, nadando jamás llegaríamos adonde está ahora la orilla.

—Habrá que esperar a que la marea descienda y se aleje, entonces podremos salir caminando y sin mojarnos.

—No me gusta esto, sácame de aquí.

—¿Cómo, querida? Esto es la subida de marea y diría más, parece una pleamar.

—¿Pleamar?

—Si, sólo en contadas ocasiones al año se produce una pleamar tan grande como ésta. No sé demasiado de mareas, sólo lo que aprendí en la universidad, pero parece que hay ciclos y que de tiempo en tiempo se produce una pleamar mayor que las habidas en años anteriores.

—Como ahora, que no se ve la orilla. Las olas rompen muy lejos, no podremos salir de aquí.

—Mañana, esas aguas descenderán.

—¿Mañana?

—Al amanecer. Ocurre dos veces al día, las aguas se mueven,

suben y bajan por la atracción de la luna.
—¿La luna?
—Sí, se trata de las fuerzas de la luna y del sol. Hay veces en que estas fuerzas se contrarrestan y surgen las mareas muertas.
—Cállate, pareces un profesor de instituto, pero aquí estamos como náufragos.
—Tranquilízate, sólo se trata de unas horas. Menos mal que el caballo ha podido ponerse a salvo.
—¿Y eso cómo lo sabes?
—Pues, porque no está.
—Pueden habérselo tragado las aguas. Donde sólo había arena y piedras, ha aparecido un mar. Además de Impotente, eres tonto.
—¡Ya está bien, Rosalie, debes guardarme un respeto!
Ella le miró furiosa. Le hacía culpable de aquella situación que no le parecía nada divertida y a ello sumaba su frustración de recién casada.
En aquel momento, no hubo posibilidad de réplica. El buque abandonado que debía haber surgido de las aguas tenebrosas en noche de tormenta y pleamar viva, semejó un monstruo marino herido de muerte y cambió de postura bruscamente. La inclinación pasó de babor a estribor, lo que hizo perder el equilibrio a Rosalie y a Laurent que rodaron por cubierta mientras se producía un terrible fragor.
Las aguas habían subido más de lo que ellos habían supuesto y todo el viejo buque crujió como si fuera a partirse, quizás para hundirse luego en la arena hasta encontrar las profundas simas infernales.
Muy asustada, Rosalie gritó tratando de agarrarse a cualquier parte adonde sus manos pudieran llegar. No lo consiguió y fue a detenerse en la baranda opuesta dándose golpes de los que apenas se percató.
El día no había muerto del todo y una débil claridad iluminaba las aguas agitadas.
Rosalie, frenada por la baranda, pues de no haberse interpuesto ésta en su caída habría dado con su cuerpo en el mar, vio tan cerca las aguas espumosas y revueltas que le hicieron recordar que no sabía nadar.
El pánico sacudió los pulmones que tenía bajo unos pechos

fuertes y turgentes y el aire, al pasar por sus cuerdas vocales, arrancó agudos chillidos llenos de espanto.

Nadie acudió en su ayuda. Cuando se fue recuperando, faltándole la respiración, como si temiera que de entre las tenebrosas aguas fueran a surgir unas manos que trataran de cogerla para hundirla en las aguas, consiguió cambiar de postura y afianzar sus pies contra los hierros de la baranda, mas una de sus piernas se filtró entre los barrotes y tuvo la Impresión de que iba a caer a las agitadas aguas.

—¡Laurent, Laurent! —gritó, pidiendo ayuda.

Laurent no respondió. Medio buque debía estar lleno de agua que estaría entrando por el gran agujero, quedando a merced de las corrientes de la pleamar.

De nuevo se produjo un fragor y el buque se bamboleó cambiando de postura. En esta ocasión, el piso de la cubierta quedó bastante horizontal.

Se apresuró a alejarse de la baranda para situarse en el centro de la cubierta, muy cerca de una puerta que debía dar acceso a los camarotes. Rosalie notaba que el viejo buque no estaba estabilizado. En cualquier momento, podía inclinarse de un lado u otro, sorprendiéndola. Se hallaba a merced de las aguas, siempre tocando fondo pero con mucha agua en los bajos de su panza.

—¡Laurent, Laurent! —siguió llamando.

Sólo los crujidos del buque y el fragor de las aguas le respondían. Su marido había desaparecido y Rosalie temió que hubiera caído al agua saltando involuntariamente por encima de la baranda.

Sintió frío, un frío que ya estaba dentro de su médula ósea. Era un frío más de miedo que de temperatura ambiental. Rosalie no sabía qué hacer. Laurent le había dicho que bastaría con esperar unas horas y podría escapar de aquella trampa porque las aguas se retirarían, pero no se veía capaz de soportar aquella situación. No quería pensar en Laurent y su desgraciado fin.

Agradeció la aparición de la luna, la luz que le enviaba amparándola frente a las tinieblas. Sorprendentemente, el cielo se había limpiado de nubes y sobra su cabeza, el firmamento estaba plagado de estrellas.

Fijó sus ojos en la luna y la vio desmesuradamente grande. Era

un plenilunio como jamás había visto otro igual, quizás porque la luna (Rosalie no lo sabía) se hallaba en su perigeo, es decir, en su máxima aproximación a la Tierra en su desplazamiento orbital.

La luna, sin nubes que ensuciaran su blancura, le pareció terriblemente fría. Podía ser la luna gélida como la llamaban los campesinos al verla aparecer en abril, quizás un poco antes o un poco después. Se contaba que los rayos de la luna gélida, aunque la temperatura del lugar que los recibía fuera alta, mataban de frío a los retoños de las plantas y a las crías de los animales, les enviaba como una siniestra maldición. Nadie sabía explicar, ningún científico podía sentenciar, por qué la luna gélida tenía aquel poder maléfico, pero lo cierto era que la luna gélida mataba o dañaba con sus fríos rayos de plata.

Rosalie apartó sus ojos de la luna con miedo, como si ésta fuera un ser vivo, gigantesco y lejano pero a la vez próximo que la estuviera observando con detenimiento, como un ser humano contemplaría con sus ojos a una hormiga puesta sobre el cascarón de una nuez que flotara en un estanque.

Huyendo de la luna gélida, de las tenebrosas aguas que semejaban cubrirlo todo, como si hubieran Invadido toda la tierra existente en el mundo, Rosalie se internó en el viejo buque.

Tenía que hallar un refugio donde dejar pasar las horas hasta que la pleamar descendiera y las aguas se alejaran dejando aquel lecho seco. Después de todo, el buque ya no podía hundirse más allá donde estaba.

La sorprendió un sonido que podía ser una mezcla de rugido, respiración de animal y llamada quejumbrosa, algo difícil de definir, pero Rosalie supo Inmediatamente que aquel sonido que brotó a su espalda no era propio del buque, de sus contracciones y dilataciones.

Lo que acababa de oír había salido de un ser animado. Trató de escrutar entre las tinieblas que había dentro del buque, pues adonde se hallaba en aquel momento no llegaba la diosa luna con sus gélidos rayos que parecían acuchillar.

—Laurent, ¿eres tú?

Aguardó. El barco estaba vivo, seguía emitiendo ruidos, ruidos que brotaban de su sala de máquinas, de las bodegas más hondas rebosantes de agua, de peces, de nadie sabía qué clase de animales

marinos.

—Laurent, no bromees, por favor, no quiero bromas ahora. Esto es muy serlo. Vamos, sal, sé que estás ahí.

Le respondió el silencio. Rosalie trataba de poner freno a su miedo. Tenía que controlarse, la esperaba una larga noche.

Se alejó con sigilo por el final del corredor, escapando a los camarotes que en aquel momento le parecieron trampas, ratoneras.

Cerró la puerta tras de sí y siguió su avance por otro corredor. De pronto, la puerta que ella había cerrado se abrió con gran violencia, produciendo un fuerte estampido al golpear la hoja de madera contra la pared.

Rosalie brincó asustada y volvió a oír aquella especie de voz gutural que quizás no lo era, pero que sí resultaba inquietante y hasta angustiosa.

—Laurent, sé que eres tú. No quiero esta clase de bromas, no te obligo a que me diviertas.

La respiración entrecortada era ahora la de la mujer, aguardando una respuesta. Quien había producido aquel ruido, quien había abierto la puerta con tanta violencia, estaba muy cerca, agazapado, como una fiera presta a saltar sobre su víctima.

—Laurent, no me hagas esto. No estoy resentida contra ti, no te obligo a que me diviertas.

Además, esto no es una diversión. ¡Tengo miedo, tengo miedo! —chilló—. ¿Es que no te das cuenta de que tengo miedo?

La oscuridad fue la primera respuesta. Después, de nuevo aquel sonido gutural mitad respiración mitad quejumbre de bestia encelada, pero esta vez se hallaba más cerca, tan cerca que al alargar su mano, Rosalie temió tocar a un ser que inspiraba rechazo.

Como cierva asustada ante los chasquidos de las mandíbulas de un lobo solitario y enloquecido, saltó hacia adelante abriendo otra puerta.

Cuando creía encontrar otro corredor por el que poder escapar, se vio ante la escalera empinada de la bodega central y más alta del buque, aquella bodega en la que, jugando, buscara el eco de su propia voz.

Segura de ser perseguida tan de cerca que casi podía notar en su nuca el aliento de su perseguidor, Rosalie descendió a trompicones

por la escalerilla metálica agarrándose fuertemente a la baranda también metálica y soltándose a la vez para poder descender, dándose golpes de los que no sentía dolor. Consiguió llegar al piso de la gran bodega iluminada desde lo alto por la luna gélida que entraba por la boca de carga superior que estaba destapada.

—¡Laurent, déjame, déjame, no te voy a perdonar esto!

Lo que antes fuera un sonido quejumbroso y de mal respirar, como de un animal con fuerte asma, ahora era distinto, una mezcla de rugido y palabras que ella no comprendía.

No era Laurent, por lo menos así lo creyó, y chillando corrió buscando una salida en aquella enorme ratonera. No la encontró y corrió dando vueltas en torno a los pilares.

De pronto, algo como unas grandes manazas puestas súbitamente sobre su espalda la empujaron violentamente haciéndola rodar por aquel suelo sucio y mohoso. El buque volvió a cambiar de posición movido por el vaivén del agua que había entrado en su gigantesco estómago.

El suelo se Inclinó tanto que Rosalie dio vueltas sobre si misma chillando hasta dar contra una de las paredes interiores del casco.

Antes de que pudiera reponerse, manos o tentáculos que no vela la desnudaron. Trató de zafarse, pero no lo consiguió, chillaba y deseaba enloquecer, quizás morir.

—¡Noooo!

Se sintió fuerte y violentamente penetrada, no hubo vacilación alguna en aquella gran virilidad, quizás porque fue como un cuchillo puesto al rojo hundiéndose en un bloque de mantequilla.

Todo fue fuego dentro del cuerpo femenino. Quiso gritar, pero de sus labios brotaron palabras que, de habérselas podido escuchar ella misma, la hubieran sorprendido.

Ya no había resistencia en Rosalie, sólo deseos de que aquella erupción volcánica no se apagara jamás, y así lo suplicaba con medias palabras y gemidos mientras todo su cuerpo se agitaba, descontrolado.

—Laurent, Laurent, Laurent…

CAPÍTULO II

Rosalie no deseaba ocultar sus hermosos cabellos a los que el sol arrancaba destellos dorados. Caminaba grácil y elástica, los años parecían mejorarla como a un buen vino.

Entró en la biblioteca. Allí estaba el señor Grisaille, su suegro, al que jamás había llamado Pierre.

—¿Quería verme, señor Grisaille?

El hombre apartó su mirada del libro y sujetó la pipa en el hueco de su diestra. Buscó las pupilas azul claro de su nuera y le soltó:

—Rosalie, me gustaría que mi nieto Laurent tuviera un padre.

—Ya le tiene a usted, *monsieur* —dijo ella sentándose en una silla casi frente a él.

—Yo soy su abuelo y sé que no tengo mucho tiempo de vida por delante.

—No diga eso, por favor, usted va a vivir mucho.

—No discutamos esas pequeñeces. Cuando regresaste de aquel aciago viaje de bodas en el que mi hijo desapareció, te fuiste a vivir con tu familia.

—Y usted me reclamó cuando se supo que estaba embarazada. Lo recuerdo muy bien. Me preguntó si había habido otro hombre, le respondí que sólo el viaje de bodas era lo que yo conocía y usted me pidió que viniera a vivir aquí para que el niño naciera y viviera en esta casa.

—Y te agradezco que aceptaras mi petición. Yo nada tengo que objetar contra ti, todo lo contrario. Has llevado muy bien a tu hijo y no has dado que hablar como viuda joven y hermosa que eres.

—Gracias, sabía que los Grisaille son muy amables.

—Laurent, en paz descanse, no era un hombre precisamente

extraordinario, soy su padre y sé lo que me digo. En fin, la vida no es siempre como la deseamos sino cono viene. Sin embargo, el pequeño Laurent ha salido muy espabilado. Ahora ya han pasado diez años de aquel aciago viaje de bodas y creo que sería bueno buscarle un padre que terminara la educación que debe recibir.

—No piense en eso, se lo ruego.

—Ayer estuve en el hospital y sé que tengo para poco tiempo.

—No, no puede ser.

—Es ley de vida. ¿Qué importa marcharse de este mundo por una enfermedad u otra? Llega la hora y hay que aceptarla como dicen los sijs en la India. Si yo muero, revolotearán los moscardones en torno tuyo, ya te acosan por tu belleza. El pequeño Laurent ha de ser el futuro amo Grisaille y eso no es fácil de conseguir. Yo confío en ti, Rosalie, pero también hace falta un hombre.

—Parece empeñado en casarme.

—Por supuesto, no puedo obligarte. Voy a dar una fiesta en honor de unos extranjeros socios míos en mis negocios de ultramar y a esta fiesta asistirá el hijo de mi hermana.

—¿El hijo de su hermana?

—Sí, nunca hemos hablado de ellos. Bueno, de mi hermana, de pasada. Se apartó de la familia al casarse con un personajillo cazador de dotes, pero ese asunto es mejor olvidarlo. El murió, mi hermana es viuda como tú.

—¿Y su hijo?

—No le he visto nunca personalmente, pero tengo muy buenas referencias de él. Es marino, capitán de barco mercante.

—¿Y usted pretende que me case con él?

—Seria una boda muy adecuada. El lleva como segundo apellido el de Grisaille. Tú no puedes transmitir el nombre de la familia, lo hará tu hijo por ti, y desearía que un Grisaille fuera su nuevo padre. Por supuesto, los hijos que nacieran en este segundo matrimonio tuyo gozarían de la protección de la fortuna Grisaille.

—Pero, mi hijo Laurent seria el heredero, ¿verdad?

—Sí, claro, el primogénito y único descendiente de mi hijo desaparecido.

—¿Me está proponiendo un matrimonio de conveniencia?

—Estoy buscando a alguien responsable, un padre para mi nieto. No te voy a negar que mi hermana está resentida con la familia, es

decir, conmigo, y que su hijo puede que aún nos odie más, pero confío en que asistirán a la fiesta.

—Si le odia, no va a conseguir de ese hombre lo que usted le pida —opinó Rosalie.

—Sí, cuento con ello y no voy a pedirle nada, te lo pido a ti. Es mucho mejor confiar en la astucia de una mujer hermosa y que sabe que lo es.

—¿Y si le dijera que prefiero continuar como estoy?

—En ese caso, pondría a Laurent en un internado bajo el cuidado de un tutor en cuanto yo falte.

—Yo soy su madre.

—No olvides que yo adquirí la tutoría de mi nieto legalmente nada más nacer él.

—¿Sería capaz de quitarme a mi hijo?

—Si fuera por el bien del niño y del patrimonio Grisaille, no lo dudes.

—¿Y por qué no puede confiar en mí?

—Porque puede aparecer cualquier bribón con el pico de oro y las mujeres flaqueáis ante las palabras hermosas. Luego, ese individuo podría arruinar lo que tanto ha costado de levantar a un Grisaille tras otro.

—¿Y quién le asegura a usted que ese capitán de barco sobrino suyo no es un bribón también?

—Ya te he dicho que he tomado referencias de él.

—¿Lo ha investigado?

—Díganos que me he interesado por él y he pagado a profesionales para que hicieran un buen trabajo. Bertrand no tiene ningún lió pendiente, es un hombre honesto y no ha perdido en ningún momento el contacto con su madre y sus dos hermanas, lo que significa que es responsable y consecuente.

—A usted le gusta manejar la vida del prójimo, señor Grisaille, y eso es muy arriesgado.

—A mi me gusta que las cosas funcionen bien. Heredé un nombre, una posición y unos negocios. Cuando yo me vaya, he de dejar que el siguiente Grisaille que tome la antorcha tenga el camino libre de obstáculos.

—¿Nadie sabe nada de sus intenciones?

—Rosalie, tú eres la primera y serás la única en saberlas. Te

vengo observando desde que eras la prometida de mi hijo.

Creí que, por entonces, no tenía ninguna importancia para usted.

—Siempre la has tenido, ibas a ser la madre de mi nieto. La boda de mi hijo fue muy tardía, ya perdía las esperanzas.

Rosalie hubiera deseado contarle algo, mas prefirió callarse. *Monsieur* Grisaille no iba a aceptar muy bien lo que ella pudiera revelarle.

—Pero, al fin tuvo su nieto. Por lo que veo no confiaba demasiado en su hijo.

—El pequeño Laurent promete mucho, es un niño de inteligencia brillante. Ha salido más a ti que a su padre.

—Viniendo de usted, es todo un halago.

—Me hubiera gustado más decir que es todo un Grisaille, pero mejor que saliera a ti, o quizás haya heredado parte de mí. Bien, bien, creo que tú conseguirás lo que te propongas. Además, un marido te compensará. Una mujer tan hermosa y vital como tú es mejor que esté casada. Te calmarás, vivirás mejor y si tienes más hijos, mucho mejor, así no estarás desocupada.

—No me apetece tener más niños.

El viejo Grisaille se rió levemente irónico.

—Eso, Dios lo dirá, mi querida Rosalie.

CAPÍTULO III

El resabiado Pierre Grisaille había preparado bien la fiesta en honor de sus socios en los negocios de ultramar; sin embargo, no eran éstos los que más le Interesaban, aun cuando así lo pareciera.

Quien de verdad interesaba al viejo era su sobrino Bertrand, el capitán mercante cuyo segundo apellido era el de Grisaille; por tanto, tenía sangre directa de la familia.

Para manejar al sobrino, a quien tenía que convencer primero era a la hermana, por ello fue cuidadoso y atento con ella, dejándole entrever que podía haber futuros beneficios para ella y sus descendientes.

No sólo se habían encendido las lámparas del salón de la mansión sino que se habían añadido más luces.

El pequeño Laurent lo observaba todo con mucha atención. Aquella noche, estaba impecable. No era un niño revoltoso, era un niño siempre pendiente de su madre y que estaba llevando los estudios con gran facilidad, sumando matrículas de honor unas sobre otras. Por lo menos, eso era lo que pensaba todo el mundo.

—¿Vendrá mucha gente esta noche, mamá?

—Seguro que sí, hijo —le contestó, peinándolo con cuidado.

—Tú estarás siempre conmigo, ¿verdad?

—Claro que si —dijo, en cierto modo halagada.

—Eres la mujer más guapa del mundo.

—Huchas gracias, hijo, pero eso nunca se puede decir.

—Lo digo yo, mamá.

—Gradas, tesoro, gradas. —Le besó en las mejillas—. Cuando se adelante la hora, tú te retirarás a tu habitación.

—¿Por qué mamá?

—Porque los niños no deben retirarse tarde. Además, los

hombres hablan de sus cosas, beben y a veces dicen cosas inoportunas. Ya llegará el día en que seas mayor y como dice el abuelo, serás el amo de todo esto, sólo tienes que esperar un poquito.

Había sido contratada una pequeña orquestina de cuerda que comenzó a llenar el salón de música suave mientras llegaban los Invitados, entre los que había varios extranjeros, entre ellos árabes y asiáticos. Uno de ellos destacaba por su estatura, por su turbante rojo, por su espesa barba entrecana y la piedra negra que llevaba en el turbante, una piedra completamente circular y muy brillante. Lanzaba destellos y según como recibía la luz, parecía de color granate oscuro.

—Rosalie, Laurent —llamó el viejo Grisaille cuando tenía junto a él a una mujer mayor y a dos jóvenes entre las que había poca diferencia de edad. Ambas parecían llevar sobre sus rostros una máscara de arrogancia que ocultaba un mucho de timidez y de miedo.

—Buenas noches —saludó Rosalie cordial.

—Rosalie, te presento a mi hermana y sus hijas Aurore y Janine. Estoy seguro de que os llevaréis muy bien. Estoy tratando de convencer a mi hermana para que vengan a vivir aquí con nosotros.

—¡Ah, qué bien! —exclamó Rosalie acercándose a la tía de su difunto esposo.

La besó en ambas mejillas muy efusiva, y lo mismo hizo con sus dos primas, sorprendiendo a todos. Con su actitud amistosa y nada distante, rompía la tirantez, deshacía el hielo. Mostró al pequeño Laurent con orgullo maternal.

—Es un niño como no hay otro.

—Lo tuviste muy joven —observó Janine.

—¿Muy joven? Pues, no sé.

—Lo digo porque te ves tan joven y bonita.

—Gracias, pero la maternidad no envejece si se sabe llevar bien. ¿Cómo van esos pretendientes? Debéis tener a muchos hombres rendidos a vuestros encantos.

—Yo no me he decidido todavía —dijo Janine con un breve suspiro.

—Hay mucho tiempo por delante —añadió Aurore—, soy muy joven.

—Si, claro, pero seguro que tendréis los mejores partidos para elegir.

Rosalie sabía que la situación económica de la madre era la que había alejado de ellas los considerados buenos partidos. Y otros hombres, los realmente interesados por las chicas pero sin recursos de fortuna, habían sido apartados por la propia madre que esperaba que llegara un día como aquél en que se hiciera notar la protección de la fortuna de su hermano Pierre.

—Pues, por una temporada, podríamos mudarnos aquí, ¿no os parece, hijas?

—Si no es molestia para tío Pierre, por nosotras de acuerdo —dijeron las dos casi al unísono.

—Yo no quiero que vengan a vivir con nosotros —soltó clara y llanamente el pequeño Laurent sin titubeo alguno.

Todos se lo quedaron mirando atónitos, como si hubiera contado una historieta grosera Impropia de aquella reunión.

—Laurent, hijo, verás como las querrás mucho. Además, quien toma las decisiones en esta casa es el abuelo y no tú ni yo.

Tía Marta forzó una sonrisa de circunstancias al observar que la que habían creído una posible rival se ponía de su lado y que Pierre Grisaille la apoyaba con sus palabras.

—Laurent, tendrás que esperar a ser mayor para decir lo que deseas o no, aún tienes mucho que aprender —le dijo el abuelo—. Ahora, ve con los otros niños.

—Los otros niños no me gustan —soltó con voz oscura, dispuesto a no despegarse del lado de su madre.

—Laurent, jamás te habías comportado de una forma tan desagradable. Los niños han de obedecer a los mayores y tú eres un niño bien educado. Vamos, te acompañaré. —Rosalie se volvió hacia las mujeres—. Discúlpenle, es la primera fiesta Importante a la que asiste.

Con el alejamiento del pequeño Laurent, el ambiente familiar semejó recobrar la normalidad.

Marta prefirió no hacer alusión alguna al pequeño, pues por las noticias que tenía, sabía lo que aquel niño representaba para su hermano Pierre. El pequeño tenía que ser el futuro amo Grisaille.

—¿Cuándo vendrá Bertrand? —preguntó el anciano.

—Pronto. Hay más de cien kilómetros desde el lugar donde está

su barco hasta aquí.

Ya, no es fácil para un capitán dejar su barco aunque esté en el muelle. Me gusta el carácter de Bertrand, es un hombre responsable. Creo que cuando se case hará que su familia se sienta segura y tranquila.

—Por supuesto, no es un cabeza hueca, de lo contrario no le confiarían buques importantes con muchos marinos dentro pese a su juventud —comentó satisfecha Marta.

Pierre Grisaille condujo a su hermana y a sus sobrinas hacia el centro de la reunión. Las muchachas estaban ansiosas por contactar con los hombres más jóvenes que allí habla, pues de una forma u otra, todos ellos eran importantes, de lo contrario no les habría invitado su tío.

Rosalie se acercó al hombre del turbante y la piedra negra prendida en él, un hombre de talla elevada, manos grandes y nudosas, de Intensos y grandes ojos oscuros que daban la sensación de estar permanentemente húmedos, plenos de vida.

—*Monsieur* Arakhan…

—*Madame*, ¿es usted la hija de *monsieur* Grisaille?

—No exactamente, soy su nuera.

—No sabía que *monsieur* Grisaille tuviera un hijo.

—Su hijo era mi marido, murió hace años. ¿Es cierto que posee usted facultades especiales?

Arakhan sonrió, enigmático.

—Bueno, he aprendido muchas cosas y no sólo del valle de Cachemira o de toda la India, también he aprendido del mundo de la China y de Occidente, no todo aquí es praxis.

—Muchos piensan que los lejanos países del Asia están por civilizar, pero me temo que allá muchos piensan que los bárbaros somos los occidentales, que somos algo así como nuevos ricos de la sabiduría y de la cultura.

—Es usted muy perspicaz, señora. Pensamos de diferente manera y las culturas de Asia son más antiguas que las del mundo occidental, pero nuestros pueblos, conscientes de todo lo que hablan aprendido, pensaron que debían dormitar.

—¿Dormitar, por qué dormitar?

—Quizás para poder digerir y asimilar toda esa sabiduría adquirida durante milenios. Sin embargo, mientras nosotros

dormitábamos, Occidente ha crecido con un exceso de alimentación y se ha puesto a correr y a correr.

—¿Y ya les es difícil alcanzarnos?

—Quizás, pero Occidente corre el riesgo de caer y romperse las narices.

Rosalie rió ligeramente mientras el singular personaje del Punjab sonreía con intención.

Para amenizar la fiesta, se le pidió a Arakhan que hipnotizara a alguien. Como nadie quería ponerse en ridículo, el amo de la casa escogió a uno de los criados, el cual tragó saliva pero se dispuso a obedecer.

—Usted cerrará los ojos suavemente porque los párpados le van a pesar. Así, suavemente…

Arakhan pasó sus dedos nudosos por encima de los párpados del sirviente que, en pocos momentos, quedó sometido a la hipnosis. Era evidente que de los dedos de aquel sij fluía una energía que el criado de la casa de los Grisaille no podía contrarrestar.

Ahora, como tiene calor, mucho calor, se va a quitarla ropa. Vamos, no puede soportar el calor y empieza a sudar, a sudar…

El criado se puso rojo y comenzó a sofocarse. Le faltaba el aire y el rostro se le perló de sudor. Ante la mirada atónita y divertida de los presentes, poco a poco se fue despojando de sus ropas hasta que el propio Arakhan le pidió:

—Basta, basta. Ahora, tiene usted que danzar porque se siente alegre y feliz.

El criado, obediente, comenzó a dar pasos de baile, pero Arakhan, para demostrar sus poderes, quería más, mucho más.

—¿De dónde es usted?

—De la Gascuña.

—Pues, baile como lo hacen allí, baile como si se sintiera con veinte años. ¡Vamos, dance con fuerza!

El criado comenzó a saltar en calzoncillos como estaba y todos rieron y aplaudieron el genio de Arakhan, el cual, muy seguro de sí, sonriente, pidió al criado:

—Basta, basta. —El criado dejó de danzar—. Ahora, recoja sus ropas y márchese corriendo a la cocina que aquí hace mucho frío. Cuando llegue a la cocina, despertará y no recordará nada de lo que le ha sucedido. Vamos, vamos.

Chasqueó sus dedos y el criado utilizado para diversión de los concurrentes se alejó corriendo del salón con sus ropas recogidas apresuradamente del suelo. Hubo muchos aplausos, no para él sino para Arakhan que inclinó la cabeza agradecido.

—Yo no soy un artista de circo ni un mago de los que se pasean por los salones de su mundo occidental, nuestro anfitrión lo sabe muy bien, yo tengo otros asuntos en qué ocuparme, pero me atrae ese misterioso mundo de los poderes digamos especiales, y hay gente que, sin saberlo, posee poderes que les colocan por encima de los demás mortales. —¿Más poderes que usted, *monsieur* Arakhan? — preguntó el propio Pierre Grisaille.

—Hipnotizar como yo lo he hecho, no es un poder, es simplemente un saber hacer, algo que he aprendido, claro está que todo el mundo no va a conseguir las mismas metas aunque las estudie. Yo me refiero a poderes fuera de lo normal. Aquí tengo algo especial, unas cartas que son del mundo de ustedes, las cartas Zener, supongo que muchos las conocen.

—¿Cartas, sirven para jugar al «*bridge*»? —preguntó un hombre de vientre abultado que se echó a reír después sin que nadie coreara sus risas.

En especial las mujeres, permanecían todas atentas a lo que hacía y decía el sij, un hombre que despedía un magnetismo especial, se notaba nada más mirarle.

—Usted, señor —señaló con la mano y cuidadosamente al hombre que se había reído—. Sea usted tan amable de mirar las cartas. Son una estrella, un cuadrado, una corriente de agua y un círculo.

—¿Y para qué sirve todo esto?

—Señor, le supongo capaz de memorizar unos símbolos tan sencillos.

—Naturalmente, no soy ningún estúpido —replicó, estirándose.

—Se trata de que adivine la carta que yo u otra persona cualquiera, mire, por ejemplo *madame* Rosalie.

—¿Yo? —dijo, sintiéndose halagada por ser escogida.

El viejo Grisaille parecía complacido. Con el rabillo del ojo había visto entrar a un rezagado en la fiesta. Llevaba el uniforme de marino mercante y la gorra en la mano. Era alto y fuerte, todavía joven, y quizás lo parecería más si se hubiera afeitado la barba.

—Usted, *madame* Rosalie, mirará la carta. El señor se concentrará y luego dirá la carta que le parece tiene usted ante sus ojos. De esta manera comprobaremos si tiene poder para leer en la mente de otra persona.

—Ejem, si sólo es eso… —Se estiró los faldones de la levita.

Arakhan, el sij, preparó las cartas, las barajó y puso el mazo sobre su gran mano nudosa de piel cetrina.

—Señora, tome una carta y mírela fijamente, pero que el señor no pueda verla.

Rosalie hizo lo que le pedían y se quedó mirando la carta en la que se veía perfectamente el cuadrado Impreso en negro sobre fondo blanco.

—Señor, ¿qué carta cree está mirando la señora?

—Pues, un círculo.

—¡No, es un cuadrado! —exclamó Rosalie.

—Bueno, bueno, todo esto sólo es un juego.

—No se desanime, señor. En efecto, esto es un juego, pero cuando se hacen muchas pruebas, se saca el tanto por dentó y según sea éste, se conoce la capacidad de captar el pensamiento de otra persona. Es un juego que orienta sobre la penetración mental de unos sobre otros.

—Esto es como una lotería, sólo se trata de acertar, chiripa, y disculpen la expresión —se defendió el participante.

Después de pasar un montón de cartas, el sij le dijo muy finamente:

—Señor, a usted no es fácil que le toque la lotería.

Hubo risitas. El hombre se sonrojó, sintiéndose humillado por el asiático.

—Yo quiero probar —dijo de pronto la voz Infantil de Laurent.

—¡Laurent! —exclamó Rosalie.

—No importa, dejémosle. Para la penetración mental no hay edades y se dice que el momento óptimo es la adolescencia y en las mujeres —dijo—. Arakhan.

—Si sólo es un niño —objetó la madre.

—Podemos probar. —El sij barajó las cartas Zener y ofreció de nuevo el mazo a Rosalie pidiéndole—: Póngase de espaldas al niño. De este modo, nadie podrá decir que le hace usted señas a su hijo.

Laurent quedó a distancia, observado por todos. Rosalie miró su

primera carta y Arakhan, delante de todos, preguntó:

—¿Qué carta es?

—La cruz —dijo el niño sin vacilar.

—¡Exacto! —exclamó orgullosa la madre.

—Un solo acierto no tiene ningún significado —opinó Arakhan.

—Veamos otra carta —propuso Rosalie.

—Estrella —dijo Laurent.

—¿La siguiente? —preguntó Rosalie ante la expectación general.

—Circulo.

—¡Fantástico! —exclamó Rosalie mostrando la carta en el aire —. Mi hijo me lee el pensamiento.

El pequeño Laurent fue adivinando las cartas de forma sorprendente. A nadie le cupo duda de que había un lazo psíquico entre madre e hijo.

Bertrand, el joven y atractivo capitán de la marina mercante, había clavado sus ojos en Rosalie y parecía incapaz de mirar hacía otra parte.

Discretamente, Pierre Grisaille vigilaba al joven capitán pese a no haber hablado nunca antes con él. En la fiesta había una especie de juego de miradas vigilantes, todos querían saber lo que hacían los demás.

—Es maravilloso mi hijo, ¿verdad, *monsieur*? —preguntó Rosalie apretando la cabeza del pequeño Laurent.

—Si, sin duda lo es. Yo confío mucho en él.

—Ejem, Pierre, te presento a mi hijo Bertrand —interpeló Marta a su hermano—. Vaya, es muy apuesto. Joven, le veo algún día al mando de un gran transatlántico como el «France».

—No espero llegar a tanto.

—Rosalie, tu primo Bertrand —presentó el viejo a su nuera.

—Es un placer. —Bertrand le besó la mano.

Al poco, el pequeño Laurent quedaba como olvidado por su madre que se retiró hacia un rincón para hablar a solas con Bertrand. A Pierre Grisaille y a su hermana, aquella rápida relación que nacía entre la pareja les complació y mucho. Poco a poco, la fiesta fue languideciendo sin que Bertrand ni Rosalie se percataran de ello.

—Bien, Marta, podéis trasladaros a vivir a esta casa en cuanto queráis. Bertrand puede venir siempre que lo desee y haré que le

Instalen una habitación en el ala Este, así verá el sol al alba, los marinos madrugan mucho.

—Eres un encanto, Pierre. Sabía que un día u otro terminaríamos como lo que somos, como verdaderos hermanos.

Hubo un invitado que se resistió a marcharse como los demás y que casi pasó desapercibido hasta que todos se hubieron ido.

—Ah, esté usted aquí todavía —dijo Rosalie al descubrir al alto y enigmático sij.

—Sí, estoy aquí y vivamente impresionado.

—¿Por las adivinaciones de mi hijo? —preguntó halagada.

—En efecto, es muy raro encontrar a alguien con un poder mental tan fuerte y me gustaría llevar a cabo aunque sólo fuera una prueba más.

—Mi hijo no va a ser un mago de circo.

—No es esa mi intención, *madame*.

Pierre Grisaille se les acercó.

—Ya me retiraba, señor Grisaille —le dijo el hombre del turbante rojo y la piedra negra—. Me estaba pidiendo hacer una última prueba con Laurent.

—Es algo muy sencillo, ya lo verán. Sólo quería saber si el poder mental que posee el niño llega más allá de las adivinaciones.

—Pero, eso habrá sido casualidad, ¿no? —Inquirió el viejo Grisaille.

—No, no es casualidad. Este niño tiene poderes mentales que quizás conserve a lo largo de su vida o bien puede perderlos después de la pubertad.

—¿Por qué perderlos después de la pubertad? —quiso saber Rosalie.

—Porque así suele suceder, *madame*. Al rebasar la pubertad, se pierde esa hipersensibilidad. Hombres y mujeres se tornan más prácticos.

—¿Va a haber otro juego? —preguntó Bertrand acercándoseles después de haber estado hablando con su madre, la cual le había hecho algunas Indicaciones en tono de cuchicheo. Harta tenía muy claro lo que convenía a su familia.

Rosalie era una joven y hermosa viuda muy protegida por el amo Grisaille y su hijo seria el heredero de todo; por lo tanto, si alguien se casaba con la atractiva viuda, ya nunca tendría

problemas económicos.

—Ven, Laurent.

El niño les miró con suspicacia al tiempo que parecía contener una sonrisa de satisfacción y suficiencia. Le habían felicitado durante la fiesta por sus adivinaciones, aunque buena parte de aquellas felicitaciones estaban condicionadas por ser el nieto y heredero de Grisaille.

—¿Qué pasa, mamá?

—Laurent, *monsieur* Arakhan quiere hacerte una última prueba para ver cómo funciona tu pensamiento.

El niño fijó sus ojos en el altísimo sij y preguntó:

—¿Qué tengo que hacer, señor?

—¿Alguien puede darme un fósforo?

Bertrand le entregó la caja de fósforos y el sij extrajo uno de ellos, rechazando la caja.

Se fijó en el rostro del niño y pidió:

—Miren qué intensidad tiene Laurent en sus ojos.

—Es cierto, son ojos muy intensos —corroboró Rosalie.

El sij mostró la cerilla en el aire sosteniendo el palito entre sus dedos índice y pulgar y pidió a Laurent:

—Mírala, mírala con mucha intensidad. Concentra tu mente en ella y desea que se encienda.

—Por favor, no le haga creer que va a poder encenderla, es demasiado —protestó Rosalie.

—Déjame, mamá, déjame —pidió el niño, muy serio y seguro de sí, en actitud casi de firmes como si fuera un cadete avanzando.

De pronto, ante la sorpresa de todos, la cabeza del fósforo, sin que nadie la tocara, pues Arakhan la sostenía por el extremo Inferior del palito, se encendió.

El pequeño Laurent lanzó un grito de júbilo ante el asombro general de los que habían presenciado el hecho.

—No cabe duda de que este niño tiene poderes mentales extraordinarios.

—Pero ¿cómo ha podido encenderla sin llegar a tocarla? —preguntó Rosalie asustada.

—Cuídelo mucho, *madame*, cuídelo y vigílelo.

—¿Vigilarlo?

—Sí, este niño tiene tal poder mental que podría matar a alguien

sólo con desearlo. Sí hubiera nacido y crecido en una sociedad tribal él sería el futuro brujo, no cabe duda, y dentro de alguna sociedad religiosa, podría ser la cúspide, el gurú. Como él han sido los fundadores de muchas órdenes.

—Será mejor que no hable más de estos poderes delante del niño, podría llegar a creérselo y sería peligroso —le objetó Bertrand. Era alto como el sij y no quedaba sometido a su fuerte personalidad.

—¡Tengo poderes, tengo poderes, todos lo habéis visto! —exclamó Laurent ante las miradas preocupadas de cuantos le rodeaban.

CAPÍTULO IV

—¿Te gusta la casa, hermanita? Nunca pensé que llegaríamos a vivir aquí —dijo Aurore moviéndose delante de un gran espejo que había en la alcoba donde ambas dormirían.

—No sé si tendríamos que guardar algo de rencor a tío Pierre —dijo Janine Impostando algo la voz.

—Si se lo guardamos, mejor que no se nos note, no sea cosa que nos eche de esta mansión.

—Tampoco debemos preocuparnos demasiado, está viejo y mamá dice que no durará.

—¿Y tendremos que ponernos de luto?

—Claro que sí, hermanita, y habremos de llevar disimuladamente una cebolla en cada mano para no dejar de llorar.

Se abrió la puerta bruscamente y apareció el pequeño Laurent. Su rostro no expresaba alegría ni amistad hacia sus jóvenes tías.

—Sois unas brujas y no os quiero en esta casa.

—Mira el monstruito que mandón es —observó Aurore molesta.

—Déjalo, es que está acostumbrado a ser el príncipe del castillo y le molesta tener invitados. No temas, príncipe, nadie te va a quitar la herencia, todos sabemos que tú serás el amo de Grisaille, si es que no te mueres antes.

—Os moriréis vosotras, no yo.

El niño, que había estado escuchando al otro lado de lo puerta, abandonó la alcoba dando un portazo. Otro, en su lugar, se habría marchado rápidamente temiendo ser descubierto, pero Laurent se sentía muy dueño de aquella inmensa casa en la que gozaba de la total protección del viejo Grisaille.

—Es un niño repelente —opinó Aurore.

—Bah, no hay que darle importancia, cuando pasen los años

cambiará.

—Espero que para entonces habré encontrado un buen partido y estaré lejos de aquí para ser la señora de otra mansión semejante a ésta.

—Cuando los posibles admiradores se enteren de que somos las parientes pobres, veremos si siguen con sus intenciones de boda.

—Mamá ha dicho que el tío Pierre nos dará una dote suficiente para que tengamos admiradores importantes.

—Ahora lo que hay que esperar es que nos Inviten a muchas fiestas.

—Nos Invitarán, estoy segura. Tío Pierre se ha ablandado a la vejez y ha reconocido a su familia amparándola.

—No me gusta eso de ser la pariente pobre.

—Bertrand no se siente pobre.

—El es un hombre, tiene estudios y es capitán de la marina mercante. Puede llegar a mandar grandes trasatlánticos como dice el tío.

—¿Sabes que Bertrand le ha caído muy bien a tío Pierre?

—Y a la intrusa.

—La Intrusa manda mucho en esta casa, así es que ándate con cuidado. Bastaría que ella le tocase la barbita a tío Pierre para que éste le entregara a la intrusa nuestras cabecitas en bandeja de plata.

—¿Crees que está enamorado de ella? —preguntó Janine bajando la voz.

—No, pero sí de su nieto. Ella es la mamá del nieto y el nieto adora a su mamá. Parece complicado pero no lo es, aunque me parece que la Intrusa está congeniando mucho con Bertrand.

—No estaría mal que Bertrand se casara con ella. Así, si el viejo se muere, nuestro hermano sería el amo. ¿Te das cuenta? Nuestro hermano sería el amo de todo esto y de la fortuna Grisaille.

—No te excites, hermanita, el amo será el monstruito.

—El monstruito aún tiene que crecer y mientras, se podía caer de cabeza al pozo o algo semejante.

—Pero ¿qué estás diciendo? Si te oyen, nos van a echar de aquí a patadas.

—Oye, ¿aquel indio del turbante será un maharajá con palacios y todo eso?

—No sé, será cuestión de averiguarlo, porque viene por esta casa

para asuntos de negocios.

Aquella noche, en la cena familiar, todos se quedaron mirando una silla vacía.

—¡Janine!

—¿Qué, mamá?

—¿Dónde está Aurore?

—No lo sé, mamá, creí que estaba aquí.

—¿Acaso se encontraba indispuesta? —preguntó Pierre Grisaille.

—No, que yo sepa —respondió Janine desconcertada.

—Se ha muerto —soltó de pronto Laurent.

—Qué cosas dices, hijo, cállate —pidió Rosalie.

—¿No está en su alcoba? —preguntó Bertrand que aquella noche cenaba con toda la familia.

—No, no está allí —repitió Janine—. Nos hemos separado porque ha dicho que tenía que ir a buscar unos lazos para un vestido.

—¿Lazos, pero dónde? —preguntó la madre, Inquieta.

—Pues, no lo sé.

—Está bien, cenemos —cortó el viejo Grisaille—. Cuando aparezca, que cene en la cocina, así aprenderá que las horas de las comidas son sagradas en esta casa.

Cenaron en silencio, sin que la joven Aurore apareciera. Su madre terminó de cenar con expresión sombría, pero no dijo nada, no deseaba molestar a su hermano.

El rigor de sus costumbres no admitía discusión y su familia, en aquella reconciliación imprevista y fomentada por el propio Pierre Grisaille, no debía romperse. Harta se percataba del acercamiento de su hijo a Rosalie, quien parecía aceptarlo muy bien y el viejo Grisaille no miraba con malos ojos aquella relación.

—¿Tomamos un «armagnac», Bertrand?

—Me parece muy bien —aceptó el marino.

—Vamos a la biblioteca. Te mostraré algunos libros que hablan de la mar. Mantengo un continuo ir y venir de mercancías por lejanos países de Asia, exporto los mejores vinos franceses y en los mismos barcos hago traer especias, alfombras, sedas, etcétera.

Algunas veces he acariciado la idea de tener un barco propio, pero para eso tendría que fundar una pequeña compañía naviera.

—Ése sería un asunto muy importante. Un buque, aunque sea de

carga, es una gran inversión.

—Sí, lo sé, y yo ya estoy muy viejo, pero tú eres joven y de la mar pareces saber mucho.

La casi anciana Marta se alejó con su hija Janine en busca de Aurore y Rosalie se quedó a solas con el pequeño Laurent.

—Mamá, ¿por qué ellas están aquí en la casa del abuelo? ¿No estábamos bien él, tú y yo?

—Sí, hijo, pero los tiempos cambian y las relaciones de familia se modifican. A mí me parece bien que tu abuelo se haya reconciliado con su hermana y la haya traído aquí.

—Pues a mi, no, mamá, a mí no.

—Laurent, terminarás por hacerme enfadar. No has de ser un niño tan caprichoso. En el mundo hay más gente que nosotros y todos tenemos que vivir. Yo misma no soy una viuda anciana, soy una mujer joven que podría volver a casarse.

—¿Volver a casarte? —La miró con sus grandes ojos muy abiertos, incrédulo.

—Sí, ¿por qué no? Es mi derecho. Cuando una mujer joven queda viuda suele volver a casarse, lo mismo que un hombre que pierde a su esposa.

Aquélla no fue precisamente una noche tranquila en la mansión. Aurore fue buscada por todas partes. Se la llamó a voces y se la buscó por los amplios jardines que rodeaban la casa, pero la joven no fue hallada.

Su madre sollozó en silencio para no irritar a su hermano. Había vuelto a pisar la mansión de su padre ya desaparecido y que había heredado su hermano Pierre y no quería volver a abandonarla. Su deseo era morir allí y conseguir que sus tres hijos tuvieran en aquella mansión el porvenir que ella creía merecían.

Ya de madrugada, Rosalie entró en la habitación de su hijo que estaba junto a la suya. Caminó despacio, sigilosamente, tratando de descubrir si el niño estaba dormido o no y lo vio con los ojos abiertos, mirándola.

—Laurent, ¿no puedes dormir? —le preguntó.

Tratando de no demostrar nerviosismo, se sentó en el borde de la cama mientras acariciaba con la mano la frente de su hijo.

—¿La han encontrado, mamá?

—No, hijo, no la han encontrado aún. —Creyó ver una extraña

sonrisa en el rostro de su hijo e inquirió—: ¿Sabes tú dónde está?

—Tengo mucho sueño, mamá, déjame dormir. Cerró los ojos y apretó los labios, negándose a decir nada más.

CAPÍTULO V

Un hombre alto, de piel muy oscura pero que no parecía un negro africano, abrió la puerta de la pequeña mansión.

Rosalie había dejado su coche frente a la puerta. Insegura y tensa, trataba de controlar sus nervios para que no se le notaran.

—¿Está *monsieur* Arakhan?

El negro asiático, si es que así podía denominársele, pues en aquellas latitudes había muchas razas diferenciadas, Inclinó la cabeza en sentido afirmativo.

La hizo pasar y cerró la puerta tras ella. El vestíbulo ya Impresionó a la joven. Olía a hierbas y resinas desconocidas y la luz era escasa. Profusión de dorados resaltaban sobre fondos negros.

Por entre una cortina de cuentas de cristal apareció el alto, Impresionante y enigmático Arakhan que la obsequió con una sonrisa.

Se acercó a Rosalie, le tomó la mano y besó su dorso con infinita delicadeza.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—No sé si he hecho bien en venir, pero deseaba hablar con usted.

—Pase, pase a mi gabinete.

La condujo por un pasillo ancho donde abundaban los mármoles. Al entrar en aquella casa, parecía que hubiera volado millares y millares de kilómetros penetrando en otro mundo desconocido y misterioso para ella.

En las paredes del gabinete había cimitarras, corazas antiguas, largos rifles, pero nada relativo a Mahoma ni a Buda.

—¿Le sorprende la decoración, *madame*? —inquirió el sij invitándola a tomar asiento en un sofá de patas bajas lleno de

almohadones dorados, pues el color del oro era el que predominaba.

—Para mi, todo esto resulta muy exótico. No sé si ésta es la calificación más feliz. Ustedes, los musulmanes…

—Yo no soy musulmán.

—Yo creía…

—¿Por el turbante? —preguntó sonriente.

—Bueno, quizás debí decir Buda o algo así, es el dios de la India.

—Buda no es el dios, sino una especie de guía o profeta, pero tampoco soy budista sino sij, un hombre del Punjab que cuando está lejos añora el valle de Cachemira.

—¿Los sijs son diferentes de los otros hindúes?

—Así es, *madame*, somos totalmente distintos, tan distintos como un alemán y un griego.

—Oh, disculpe, reconozco mi incultura.

—La India es muy grande y dentro de la India, que podría ser como toda Europa, hay muchas etnias, muchos pueblos diferenciados.

—Le prometo que trataré de aprender todo lo que pueda sobre ustedes para no volver a cometer errores que espero no le hayan ofendido.

—En absoluto, *madame*.

Después de un breve y tenso silencio, Rosalie no sabía cómo empezar a explicarse.

—Su casa es muy especial, muy bonita.

—En realidad no es mía, es propiedad de un amigo que nos permite a mí y a otros negociantes indios estar aquí cuando pasamos por este país tan acogedor.

Rosalie se sentía muy inquieta. Los ojos oscuros y húmedos del sij no se apartaban de ella.

El criado negro, vestido a la usanza de su país, apareció portando un servicio de té. Depositó la bandeja en una mesita de ónice de patas Igualmente bajas.

—¿De veras cree que mi hijo tiene poderes especiales?

—Indudablemente, *madame*. A no pocos sabios de Europa les gustaría estudiar la mente de su hijo.

—Pero ¿hasta dónde puede llegar su poder mental?

—Lo ignoro. Ya le dije que podía estar en posesión de unos poderes que él podía aumentar o bien Irían disminuyendo. Todo

esto es un misterio que, hoy por hoy, la ciencia no logra descifrar. Ya podemos atrapar el aire y saber de qué está compuesto, incluso podemos coger la luz y analizarla por espectrometría, pero aún no podemos descifrar la mente de un ser humano al completo. Hay quien cree, por defecto de presunción, que si puede hacerlo, pero la mente humana en todo momento es capaz de sorprendernos.

—¿Y por qué unos tienen poderes y otros no?

—Tampoco se sabe, *madame*, sólo se sabe que es así, como que la luna está en el cielo y luce todas las noches; sin embargo, creo que usted quiere contarme algo que la preocupa. ¿Ha ocurrido algo anormal en la mansión Grisaille?

—Mi suegro ha prohibido que lo divulguemos, pero ha desaparecido una de las sobrinas del señor Grisaille.

—¿Qué debo Interpretar por «desaparecido»?

—Pues eso, que no hay rastro de ella, es como si se la hubiera tragado la tierra y mi suegro ha dado carpetazo al asunto diciendo que se habrá marchado con algún Individuo y que no piensa molestar a la policía para que la busque.

—¿Y la madre de la chica?

—Calla y llora.

—Usted no cree que la joven se haya ido con ningún hombre, ¿verdad?

—No, no lo creo.

—Y piensa en su hijo.

—Usted, usted me llenó la cabeza de confusión. Me hizo creer que la mente de mi hijo es muy poderosa y que podía incluso matar sólo con desearlo.

—Si, dije eso, lo admito, pero no dije que pudiera hacer desaparecer un cuerpo. Es difícil explicar el Influjo maligno de un ser sobre otro. La víctima puede sufrir un colapso, un derrame cerebral o paralizar sus funciones vitales hasta la muerte por consunción, pero lo que no se puede es hacer desaparecer un cuerpo. SI esa joven no está en la mansión, será porque se ha marchado voluntariamente o arrastrada por alguien, pero su hijo nada tendrá que ver en ello.

—Si, lo lógico es suponer que se ha marchado. Me temo que he pensado demasiado.

Los juegos de salón con esas cartas… ¿Cómo dijo que se

llamaban?

—Zener.

—Eso es, Zener, me desconcertaron. Es agradable tener un hijo que nos lee el pensamiento.

—No será tan agradable si el niño conserva esos poderes.

—¿Por qué?

—Porque eso significa que el niño está muy unido a usted y no va a tolerar el acercamiento de nadie más.

—¿Complejo de Edipo? —preguntó casi burlona, recuperando su estado de ánimo.

—Así lo llaman los médicos de Occidente. Usted es joven y muy hermosa y habrá pensado en volver a tener un hombre a su lado.

—Bueno, eso nunca se sabe. Como usted ha dicho, soy joven aún.

—El marino desea cortejarla y a usted le parece bien.

—Vaya, ¿tanto se notó?

—Más que oír las palabras, debemos observar hacia dónde se dirigen las miradas y entonces sabremos más, mucho más de nuestro prójimo. Las miradas engañan menos que las palabras.

—¿De veras? —preguntó ahora, algo coqueta.

—Si, porque a ustedes los occidentales los han educado para comunicarse esencialmente con la palabra, y las palabras pueden ser falsas.

—Somos dos mundos diferentes, pero da la Impresión de que ustedes los asiáticos son más enigmáticos que nosotros los europeos.

—No se casará usted con el marino, *madame*. Su hijo Laurent no va a tolerar que se Interponga un intruso entre él y usted.

—Bertrand no es un intruso, es un Grisaille, tío del pequeño.

—El niño se Interpondrá entre ustedes y entre cualquiera que trate de acercarse a usted, *madame*. Para mí mismo sería un placer y un honor cortejarla.

—No me diga —exclamó, halagada.

—Su belleza salta a la vista, pero no son necesarios los ojos para sentirla. Se huele su fragancia, se siente aquí. —Señaló su frente, entre los dos ojos—. Yo la amo a usted y ni la diferencia de nuestras razas y religiones ni la presencia de otros hombres Impediría que yo tratara de envolverla en al amor.

—¿Qué, entonces?

—Su hijo, *madame*. Laurent la tiene secuestrada y destruirá a cualquiera que se le acerque o que él crea que va a Interponerse entre ambos.

—Mi hijo no puede ser así, no puede ser.

—Su hijo es especial. Si alguna vez tiene fuerzas y sinceridad suficiente, búsqueme y cuénteme cómo fue concebido ese niño.

—¿Qué quiere decir?

—Que su hijo es especial y sólo usted sabe por qué.

—¡Yo no tengo nada que contar! —Se puso en pie, nerviosa y orgullosa a un tiempo—. Creo que ha sido una torpeza venir a verle. Espero que olvide esta visita mía.

—Lo que usted mande, nadie sabrá nada de esta visita.

—¿Y su criado?

—Es mudo, *madame*, le arrancaron la lengua cuando era un niño.

—¿Que le arrancaron la lengua?

—Así es. Crecía fuerte y decidieron que sería un magnífico sirviente y el mejor de los sirvientes ha de ser mudo.

—¡Es usted cruel!

—Yo no fui, *madame*.

—Pues, su cultura, su forma de vida.

El sij deseó replicar con orgullo. Para él, el mundo de los bárbaros occidentales no era tan bueno como se pregonaba y, por otra parte, los arios europeos descendían de las mismas tierras que él.

Capítulo VI

—¿No me ocultas nada, Janine?

—No, mamá, nada.

—No comprendo la desaparición de Aurore.

En dos días, el rostro de Marta parecía haber envejecido dos años. La marcha de una hija no era lo mismo que la desaparición incomprensible de esa misma hija, y se sentía con las manos atadas porque su hermano Pierre no quería que se hablase del tema. No le había dado permiso para avisar a la policía y convertirse en la habladuría de su sociedad.

—¿Cómo iba a marcharse sin decir nada? No es posible, mamá, yo creo que le ha pasado algo.

Janine se arrepintió inmediatamente de la opinión que acababa de emitir, con ella aumentaba la preocupación de su madre que ya empezaba a ser una anciana y con la desaparición de Aurore, parecía haberse precipitado en la vejez. Se le notaba en el rostro y en todos sus movimientos.

—¿Y qué puede haberle pasado? No está en los jardines, no está en la casa, claro que a veces hay hombres perversos que raptan a las muchachas, abusan de ellas y luego… Dios mío, qué horror, no quiero ni pensar en ello.

Janine entendió que su madre apuntaba a la posibilidad de que Aurore, después de ser raptada, habría sido violada y convertida en prostituta a la fuerza, encerrada en cualquier burdel portuario del país o de algún otro país lejano y que ya jamás saldría de él.

—No pienses en ello, mamá, verás como Aurore aparecerá.

—¿Cómo, cuándo? Janine, tú no hagas ninguna tontería o voy a creer que el único sensato de la familia es Bertrand.

—Le quieres mucho, ¿verdad?

—Os quiero a los tres, pero Bertrand es el más sensato. Si Dios nos ayuda, él se casará con Rosalie y yo podré envejecer y morir tranquila en este hogar que siempre he añorado. —Sólo piensas en la boda de Bertrand.

—Si él se convierte en el yerno de mi hermano, vosotras seréis más apreciadas por los hombres bien colocados que os pueden proporcionar una gran posición social. Para conseguir una buena boda no hay que precipitarse, hija.

—No te entiendo, mamá. Tú te casaste por amor con un hombre que no era de tu clase.

—Y bien que me arrepentí… Lo pagué muy caro, fui rechazada y ya ves, a la vejez es cuando he podido regresar a la casa de mi familia.

—¿No te casarías ahora con papá?

—No hagas tantas preguntas, Janine, me pones nerviosa. Creo que tendría que tomar algo… Anda, dame la botellita que está en la caja de costura.

Janine sonrió. Sabía muy bien qué era la caja de costura para su madre. Sacó la botella sin etiqueta que allí guardaba, una botella de base circular ancha y baja, de cuello corto, una botella muy estable que no era fácil volcar. Contenía un líquido transparente e incoloro que cualquier bebedor, con sólo olerlo, habría sabido inmediatamente que era ginebra.

—Nunca creí que llegarías a hablar así, mamá.

—Hija, los años dan experiencia y amargura, los años te dicen en qué te has equivocado y si tu hermana se ha marchado, se ha equivocado. Tío Pierre no la dejará regresar a esta casa, es muy severo.

—¿Tú tampoco la dejarías regresar?

—Claro que sí, pero aquí manda mi hermano.

—¿Y no te marcharías de esta casa para estar con Aurore, pese a haber regresado?

—No. Tú no sabes lo que significa para mí el calor de esta rica mansión. Yo nací y me crié aquí, conozco todos los muebles, los tapices, los óleos… No, no me irla, porque si Aurore ha cometido una torpeza, también he de pensar en Bertrand y en ti, claro que no abandonaré a Aurore y lucharé por ablandar a mi hermana.

—¿Tienes miedo de que tío Pierre nos eche de esta casa?

—No nos echará. Casaré a Bertrand con esa Rosalie, él tiene más derecho a esta casa que ella. Él es un Grisaille, en cambio ella no es más que una advenediza.

Se puso en pie, acusando el reumatismo en las rodillas y la espalda y se dirigió a la puerta.

Janine se quedó cepillando sus cabellos ante un gran espejo.

Su madre anduvo pesadamente por la galería que hacía de gran distribuidor del piso alto y a la que se accedía por la gran escalera que comunicaba con el salón.

Una figura menuda la estuvo observando después de apartarse de la puerta tras la cual había estado escuchando lo que hablaban madre e hija.

—¡Bruja!

Marta Grisaille se volvió, sobresaltada por el insulto. Descubrió al pequeño Laurent mirándola con expresión de odio. La mujer trató de sonreír sin conseguirlo.

—¡Muérete!

—¡Niño! ¿Qué dices?

—Tengo poder para matarte, tengo poder.

¡Cáete por la escalera, bruja, cáete, te odio!

La vieja Marta, que precisamente se hallaba al borde del primer escalón, sintió como un vahído, no supo si causado por la sorpresa o por el miedo.

Sorprendida por los insultos de aquella pequeña fiera, perdió el equilibrio y rodó escaleras abajo mientras gritaba.

Janine fue la primera en salir a la galería alta y pasó junto a Laurent. Descubrió a su madre ya al pie de la escalinata.

—¡Mamá, mamá!

Rosalie también apareció pero por el salón. Corrió hacia la anciana, observándola muy preocupada.

—Hay que subirla a la cama y avisar al médico enseguida.

—¡Mamá, mamá!

Los gritos de Janine reflejaban el sentir de la joven que no veía nada bien a su madre, inconsciente y pálida.

Rosalie levantó la cabeza y en la baranda de la galería descubrió al niño sonriendo maliciosamente.

CAPÍTULO VII

Al entierro acudió mucha gente, en su mayoría vestidos de oscuro y con los rostros afectados. No conocían a *madame* Marta, pero sí conocían bien a su hermano, un hombre de negocios muy poderoso, y querían estar a su lado en aquel momento. Coches fúnebres, multitud de coronas. *Madame* Marta jamás había supuesto que su entierro llegaría a ser tan concurrido y tendría sobre su tumba tantas y tantas flores.

La agonía no había sido muy larga, apenas trece días de coma despertando tan sólo en el último día. Abrió mucho sus ojos como tratando de agarrarse al mundo. Intentó decir algo que sus cuerdas vocales no llegaron a articular, algo que sí llegó a decir con su expresión. Con los ojos muy abiertos, extendió sus manos en dirección al pequeño Laurent. Éste retrocedió asustado, como temiendo que la anciana consiguiera levantarse de su lecho y asirlo por el cuello para castigarlo, pero *madame* Marta volvió a cerrar los ojos y respirando fatigosamente, horas después fallecía.

Laurent, vestido de negro, no rehuyó acudir al cementerio. Había oído hablar de que era mejor que se quedase en la casa, pero él había deseado estar presente hasta el último momento del sepelio.

Janine, la más afectada, observaba al niño de reojo. Por su parte, Rosalie evitaba mirar a su hijo. No quería que se le notase nada en la cara. Estaba muy preocupada por lo ocurrido, pero no se había atrevido a confiarse a nadie.

El niño quedó entre su abuelo y su madre, sintiéndose amparado por ambos.

Bertrand presidía el funeral como hijo varón y mayor de la fallecida, aunque tenía todo el soporte moral del patriarca de la

familia.

A Rosalie no le sorprendió pero sí le afectó que uno de los que desfilaron delante de ella para dar el pésame fuera el sij Arakhan.

El hombre del turbante rojo no sonrió. Sus ojos continuaban siendo impenetrables y Rosalie se percató de que el pequeño Laurent lo observaba con admiración.

—Bertrand, muchacho, ahora ha sido tu madre —dijo Pierre Grisaille poniéndole la mano sobre el hombro, un gesto muy significativo que fue observado por cuantos les rodeaban y que quería significar que el joven marino gozaba de la protección de su tío—. El próximo posiblemente seré yo. Vosotros sois los que nos habéis de suceder.

Cuando regresaron a la casa, Rosalie sirvió café a Bertrand, quedando ambos a solas en una salita. Janine se había retirado.

—Esto tenía que llegar un día u otro —comentó Rosalie con un suspiro.

—Sí, pero no esperaba que ocurriera tan pronto. Mi madre podía haber vivido veinte años más. Es extraño que ella se cayera. Era lenta en su caminar y al subir o bajar escaleras buscaba siempre la protección de las barandas, y tampoco era tan mayor como parecía en algunos momentos, su cabello encaneció prematuramente.

—Si Dios ha querido que suceda así.

—¿Qué tiene que ver Dios en una caída?

Rosalie no supo qué decir.

—Si no fuera porque nunca ha tenido enemigos, diría que alguien la empujó por la escalera para que se matara.

—¡Bertrand! —exclamó trémula, con mucho miedo de que el hombre llegara a pensar lo que ella misma había sospechado.

—Discúlpame, estoy afectado.

—Lo comprendo. Para un hombre que no está casado, la madre lo significa todo.

—Si, supongo que sí. Yo deseaba tener una esposa, pero ahora no es el momento para exponer mis deseos.

—¿Quieres casarte?

—Sí, pero creo que debería callarme y marchar de aquí. Solicité el traslado de barco, no me lo concedieron y estoy en negociaciones con otra naviera. Un día de éstos me llamarán y tomaré el mando de otro buque.

—Claro, así debe ser la vida de un marino.

—Si me marcho, quizás tarde en volver a verte. Cuando un marino está en tierra, lejos del buque, es como si se hallara en una situación similar a la guerra.

—¿A la guerra? No entiendo.

—Sí. Cuando la gente se encuentra en una guerra, toma decisiones rápidas y drásticas porque no sabe si al día siguiente estará vivo.

Las parejas se forman con rapidez, olvidando los cortejos y los rodeos. Los marinos, como sabemos que debemos embarcar y alejarnos de tierra, también tomamos decisiones rápidas. —Suspiró y luego, casi como una explosión, dijo—: Te quiero, Rosalie. ¿Quieres casarte conmigo?

—Bertrand, me sorprendes —mintió la joven, coqueta. Se sintió satisfecha. Bertrand le gustaba, era fuerte, atractivo, algo serlo y callado, pero un hombre responsable que podía ser un buen padre.

—No seré un marido demasiado molesto y si seré muy respetuoso contigo. Seré un padre para Laurent al que acogeré de la misma manera que a los hijos que puedan nacer de nuestro matrimonio. Si todo me sale bien, entraré de segundo en un transatlántico y podrás viajar conmigo, conocerás muchos países y quién sabe si a la larga puedo ser yo el capitán de un transatlántico.

—Yo soy la viuda de tu primo y tengo muchas responsabilidades con Laurent, ya sabes que él será el heredero de esta mansión y de los bienes Grisaille, por eso no puedo defraudar al abuelo.

—Eres viuda desde hace diez años, por tanto eres libre y tienes derecho a rehacer tu vida. Te queda mucha juventud por delante.

—Trato de decirte que quien tiene que decidir sobre lo que me estás proponiendo es el abuelo.

—¿Por tus palabras debo entender que aceptarás la decisión que mi tío tome?

—Si.

—Eso significa que no me rechazarás…

—No.

Pese al dolor por la reciente muerte de su madre, Bertrand tomó entre las puntas de sus dedos el rostro de Rosal le y la besó en la boca con suavidad, como vertiendo entre los labios femeninos promesas de mejores caricias en próximos encuentros.

Rosalie, como muy consciente de cuál debía ser su comportamiento en aquella situación, se dejó besar pero no se entregó a la caricia.

Permaneció pasiva y al terminar el beso, sonrió levemente, apartando su mirada de la del hombre. Todo estaba saliendo como ella había previsto y el abuelo deseaba.

—Hablaré con mi tío pero no hoy, no sería correcto.

—Lo que tú creas más conveniente, Bertrand.

Mientras Rosalie respondía, el pequeño Laurent se apartaba de la puerta. Por el ojo de la cerradura había visto algo que le había llenado de rabia. Aquel hombre que besaba a su madre era un Intruso que quería robarle su amor y los menudos puños del niño se apretaron hasta blanquear.

Rosalie entró sigilosamente en la alcoba de su hijo. No era muy tarde y por tanto, no haría mucho rato que el niño habría empezado adormir; sin embargo, los ojos Intensos de Laurent se la quedaron mirando fijamente cuando ella encendió la luz de custodia que daba suficiente claridad pero que no molestaba a los ojos, tamizada como estaba por una pantalla ocre.

—Hijo, ¿cómo estás?

El niño le sonrió sin apartar su mirada de ella. Aquella sonrisa parecía más propia de un ser que hubiera vivido mucho que de un niño que aún no había cumplido los diez años.

—Mamá, no te casarás con el marino, ¿verdad?

—¿Qué pasa, es que no te gusta?

—Tú solo eres mía, mamá.

Rosalie alargó el brazo, rodeó el cuello del niño y lo abrazó contra su pecho.

—Claro que sí, Laurent, tú eres mi hijo, pero yo soy joven aún y tengo derecho a rehacer mi vida.

—No querrás darme un padrastro, ¿verdad?

—Deberás irte acostumbrando a la idea. El abuelo ya es mayor, un día puede desaparecer y entonces hará falta un padre que guíe tus pasos y el abuelo ha escogido a Bertrand.

—¿Y tú has de obedecer al abuelo?

—Lo mismo que tú, Laurent.

—Y cuando él muera, ¿yo mandaré en todo?

—Así es.

—Pues, puede morirse antes de que tú te cases, mamá.

—No quiero ni imaginar lo que estás pensando, Laurent, pero aunque tú seas el heredero, nada podrás mandar hasta que seas mayor de edad.

—Tú puedes esperar a casarte hasta que yo sea mayor de edad. Te esperarás, ¿verdad, mamá?

Le besó en la frente, más que por besarle, para escapar a aquellos ojos que la inquietaban.

—Laurent, yo he venido a hablar de otra cosa contigo. Tía Marta murió.

—Era vieja ya y se cayó por la escalera.

—Tú la viste caer.

—Si, se cayó. Era una vieja.

¿Y dónde está Aurore?

La pregunta salió por sorpresa de entre los labios de Rosalie y consiguió poner nervioso al niño.

—Yo no sé nada. Dicen que se marchó con un hombre. La tía Marta había hecho lo mismo, ¿no?

Tratando de dominar la situación pese a la inquietud que le Inspiraba la mirada de su hijo, Rosalie clavó sus pupilas en los ojillos oscuros del niño en busca de la verdad que sin duda ocultaba.

—Laurent, soy tu madre y has de confiar en mí. Yo jamás te entregaría a la policía aunque hubieras hecho algo muy grave. Tienes que entenderlo, tú eres lo que más quiero en el mundo.

—¿De verdad soy lo que más quieres en el mundo?

—Claro que sí. ¿Cómo puedes dudarlo?

—¿Y si matara a Bertrand seguirías queriéndome más que a nada en el mundo?

Rosalie tembló y tuvo miedo de que su temblor fuera captado por aquel niño al que amaba pero que le estaba inspirando terror.

—¿Dónde está Aurore? Yo sé que no se fue con ningún hombre y que tú sabes dónde está.

—¿Se lo dirás al abuelo?

—¿Vas a decírmelo de una vez?

—Tienes que jurarme, tienes que jurarme que no se lo dirás.

—Está bien, te juro que no se lo diré al abuelo.

—Aurore está arriba, en el desván.

—¿En el desván?

El niño comenzó a reír agudamente, reía temblando bajo el embozo de la sábana.

—Es un juego, mamá, es un juego, a ver si lo adivinas…

Rosalie tragó saliva. Su propio hijo le inspiraba horror y no quiso descorrer el tupido velo de la noche en que fue engendrado, no quería recordar el viejo buque varado en la playa donde las mareas eran muy altas.

—Duerme, Laurent, duerme.

Salió de la habitación. Le oyó reír a su espalda y no quiso decirle nada. Cerró la puerta tras de sí y buscó con la mirada el final del corredor donde había una escalera que ascendía a otro corredor donde estaban las habitaciones de los invitados, vacías en aquellos momentos.

Llegó a la puerta que conducía al desván, tenía la llave puesta en la cerradura. No había más niño en la casa que el propio Laurent y allí no se guardaba nada de valor.

Hizo girar la llave y se franqueó la entrada quedando frente a una escalera de madera, ancha pero bastante empinada.

Dio un cuarto de vuelta a un interruptor. En lo alto se encendió una bombilla amarillenta y llena de polvo que daba escasa luz. Tuvo miedo, fue algo superior a su voluntad, por encima de sus deseos, pero tenía que vencer ese miedo y averiguar la verdad.

Empezó a subir los peldaños de madera que gruñían bajo sus pies como si ascendiera al cadalso y arriba la aguardara el verdugo con el hacha dispuesta para la ejecución.

Nunca una escalera le había parecido tan larga, cada peldaño era un esfuerzo en el que parecía perder la respiración. Al fin llegó al desván, un desván amplio en el que se amontonaban muebles, cuadros y objetos considerados inservibles, un lugar que en si mismo tenía mucho de fantasmagórico.

—¿Aurore? —llamó con voz queda, una voz que semejaba querer rompérsele.

Se llamó estúpida a sí misma. ¿Cómo iba a responderle Aurore si efectivamente estaba allá arriba? Deambuló por el desván apartándose de los objetos grandes, rehuyendo la ropa amontonada, sobresaltándose a cada momento porque tenía los nervios crispados.

De pronto, se sintió como conducida de la mano por un hedor

que secó su garganta, era un hedor a muerte, a cadáver, el horror que no deseaba encontrar.

Avanzó lentamente, como si a cada momento fuera a dar media vuelta y echar a correr.

De pronto, unos chillidos agudos la sobresaltaron. Dio un paso atrás.

—¡Ratas!

Había ratas, muchas ratas en un rincón de la buhardilla. Rehaciéndose, continuó hacia el rincón donde se amontonaban objetos y cortinas que ya podían haberse quemado porque jamás volverían a colgarse.

Las ratas volvieron a chillar, agresivas. Rosalie tenía que hacer grandes esfuerzos para no echar a correr. Las bestezuelas la desafiaban mirándola con ojillos de odio.

Se agachó manteniendo la distancia entre ella y las alimañas. Cogió una punta de un abultado y espeso cortinaje y tiró de él con fuerza. Sus ojos, ya acostumbrados a la débil luz que allí reinaba, descubrieron el rostro de Aurore. Tenía la boca desencajada y los ojos desmesuradamente abiertos y vidriosos. Las ratas hablan comenzado su festín y aún les quedaba banquete para algún tiempo.

La visión era horrorosa, insoportable para Rosalie que se sintió como vacía por dentro al tiempo que se mareaba.

Las manos de la infortunada Aurore se aferraban a un casco de acero alemán del tiempo del canciller Bismarck, un casco posiblemente tomado por el abuelo Grisaille en el campo de batalla y que tenía como una punta de lanza en su parte superior. Aquella punta de lanza traspasaba el abdomen de la muchacha.

Imaginó a Laurent con aquel casco puesto y arremetiendo a la carrera contra su infortunada tía como un unicornio maléfico para hundir en el vientre de la sorprendida Aurore la terrible lanza. La joven debía haber caído allí en una agonía atroz y su asesino la habría cubierto con las cortinas para que no fuera descubierta.

—Fue fácil, mamá, muy fácil. Recuerda que has jurado no decírselo al abuelo.

Tambaleándose, sorprendida por la voz de su hijo, se volvió hacia él. Le pareció que sus malignos ojillos brillaban con un fulgor amarillento.

—Salgamos de aquí, Laurent, salgamos —gimió.

Tuvo que agarrarse a la baranda para no precipitarse escaleras abajo. El niño, vestido con la camisa de dormir, parecía divertido. Rosalie estaba tan aterrorizada como desconcertada. ¿Qué podía hacer con semejante monstruo?

—Dios mío, ¿seré yo la culpable de esto?

Nadie te quitará el puesto en esta casa, mamá, nadie.

—¡No hagas nada malo, no vuelvas a desear la muerte de nadie!

Rosalie cerró la puerta del desván con llave y se la guardó en el bolsillo sin saber qué era lo que debía hacer.

CAPÍTULO VIII

Rosalie abrió la puerta, entró en el despacho y se situó frente al escritorio tras el que el viejo Grisaille hacia anotaciones en un libro de contabilidad, posiblemente un borrador.

—¿Quería hablarme, señor Grisaille?

—Siéntate, Rosalie —le pidió sin levantar la cabeza de su libro de contabilidad, dispuesto a terminar de escribir unas cifras antes de hablar con su nuera.

La mujer se sentó en la silla tapizada en raso y aguardó. Había aprendido a tratar a su suegro. Respetarle y no menospreciar su autoridad en ningún momento era fundamental para la buena relación con Grisaille.

El viejo suspiró, dejó la pluma y cerró el libro tras pasar un enorme secante de color rojo. Miró a su nuera con atención y vio que estaba pálida.

—¿Te ocurre algo, Rosalie?

—No sé, no me encuentro muy bien.

—Pues, tómate algo. ¿Quieres un burdeos o prefieres otra cosa más fuerte?

—Gracias, no me apetece nada ahora, quizás luego me tome una tila.

—He visto a Bertrand. Ha reconocido que no era el momento más oportuno, pero como tenía que desplazarse y no quería retrasar lo que desea, me ha pedido tu mano.

—¿Y?

—Quedamos que si él lo deseaba, te casarías con mi sobrino.

—Lo que usted ordene, *monsieur*.

—Rosalie, eres magnífica. Estoy seguro de que deseas esta boda, yo mismo tengo que reconocer que Bertrand vale más de lo que

valía mi hijo Laurent.

—Por favor…

—No trates de falsear la verdad. Yo habría preferido que mi hijo fuera el que tuvo mi hermana, pero la vida es así. El Todopoderoso ha hecho que Bertrand pase a ser como un hijo mío y lo acepto. El cuidará del pequeño Laurent y eso me quita un peso de encima. Puedo dejar que mi enfermedad progrese y morir tranquilo.

—No diga eso, tiene para muchos años.

El anciano suspiró y esbozó una sonrisa algo sarcástica.

—Ni yo ni nadie puede detener a la Parca. Cuando llegue mi día, vendrá con su guadaña y cortará mi hilo de la vida y yo no tengo rencor contra ella ni contra la vida. Cierto que en ocasiones he sufrido y el dolor ha ahogado mi corazón, pero también he tenido alegrías. Creo que tu boda, a la que pienso asistir, será mi último acto importante en esta vida. Tú y Bertrand formaréis un buen matrimonio y no creas que te va a dejar mucho tiempo sola con eso de embarcarse, verás como no. En cuanto yo muera, él deberá hacerse cargo de los negocios Grisaille y entonces tendrá que olvidarse del mar, porque lo más importante será llevar este despacho y así lo entenderá, estoy seguro. Quizás cuando el pequeño Laurent tome las riendas de todo al alcanzar su mayoría de edad pueda Bertrand volver a navegar y en un buque de la firma Grisaille y tú irás con él, aunque seguro que velarás para que tu hijo encuentre una buena esposa de familia importante que le ayude a engrandecer aún más nuestro nombre.

Rosalie suspiró, no parecía contenta.

—Quiere dejarlo todo bien atado, quiere prever el futuro en exceso y el futuro siempre es impredecible, señor Grisaille.

—Existe la fatalidad —admitió el viejo que contrajo su rostro con un gesto de dolor. Rosa— lié no hizo ningún comentario. Su suegro deseaba llegar a la muerte sin suscitar la compasión.

¿Cuánto tiempo le quedaba de vida? ¿Se cumplirían los deseos del pequeño monstruo? Rosalie tuvo miedo, un miedo grande a quedar sola con su hijo.

—Si estás de acuerdo, aceleraremos la boda, Rosalie. Cada día me siento peor y no quiero verme dentro del ataúd sin haber solucionado este asunto. Todos comprenderán la urgencia de la boda. Tú eres viuda y él es marino mercante con muchas

responsabilidades. Su madre ha muerto hace poco, es lógico que desee dar estabilidad a su vida y una compañía a su hermana Janine, porque la otra…

—Respecto a Aurore, señor…

—¡No me hables de ella, no quiero saber nada, nada!

Aquél fue un momento crucial pero Rosalie optó por callarse. Descubrir lo que había en el desván significaría el fin de los sueños del viejo.

—Bertrand me parece un hombre interesante y honesto —dijo simplemente.

—No pienses en el amor ahora, Rosalie. Eso puede venir después, tú ya no eres una chiquilla y has de pensar más con la cabeza que con el corazón y la sangre.

Asintió. En aquellos momentos estaba mucho más preocupada por lo que había descubierto de su hijo que por su destino junto a Bertrand.

CAPÍTULO IX

—Mamá, ¿has visto qué juguete?

Rosalie, que se hallaba en su alcoba, abrumada por los últimos acontecimientos, miró el objeto que le mostraba su hijo, una especie de pirámide negra frente a la que había un péndulo en cuyo extremo inferior había una circunferencia dorada con una piedra negra.

—¿Qué es esto?

El niño, muy contento, como incapaz de poder hacer nada malo, puso en marcha el aparatito que comenzó a emitir un monótono
tic-tac,
tic-tac.

—¿Es un metrónomo musical?

—Sí. Míralo, mamá, míralo, verás qué destellos…

Efectivamente, de la piedra que estaba al extremo del péndulo brotaban destellos.

Tic-tac,
tic-tac,
tic-tac…

La luz, monótona pero muy precisa, iba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Los impactos de la pequeña luz se introducían en su retina a través de las pupilas y de las retinas pasaban al cerebro mientras sus oídos no podían escapar al monótono sonido del metrónomo.

Rosal le sacudió la cabeza como temerosa de que el metrónomo le hiciera daño.

Apretó los párpados con fuerza y luego miró con cautela, como temiendo ver de nuevo la chispeante luz. Sorpresivamente, ante si descubrió el rostro del sij.

—Bienvenida a mi casa, *madame*. Estaba seguro de que volvería.

Incrédula, miró alrededor. Efectivamente se hallaba en la casa de Arakhan, su decoración exótica y misteriosa era inconfundible, hasta el olor de las extrañas plantas o resinas previamente secadas y pulverizadas que eran sahumadas lentamente sobre brasas de carbón para aromatizar el ambiente.

Se miró a sí misma. Llevaba el abrigo puesto.

Arakhan la tomó de la mano con delicadeza y la invitó a adentrarse en aquella residencia impropia del país de Rosalie. Estar allí dentro era como haber dado un salto de millares de kilómetros hasta la misteriosa India.

Cuando llegaron a la sala de los almohadones y las mesitas bajas, el sij le pidió:

—Póngase cómoda.

—Creo, creo que no debería estar aquí, no me explico cómo he llegado.

—Ha venido usted sola, *madame*, usted sola —recalcó con su voz grave y profunda.

El le quitó el abrigo que entregó al criado de piel oscura.

—Devuélvame mi abrigo, he de marcharme.

Rosalie estaba ya poco segura de su mente y temía que aquel ambiente tan extraño a sus costumbres, con aquellos aromas indescifrables y excitantes a la vez, terminaran ejerciendo sobre ella una especie de embrujamiento del que no pudiera escapar.

—Ha venido a verme porque desea hablarme de su hijo.

Los ojos del sij la inquietaban, se sentía sometida por ellos. No era lo mismo enfrentarse a los ojos de aquel hombre alto y barbudo, de manos nudosas, procedente de la lejana India, que a Bertrand, con el que iba a casarse.

—Laurent la preocupa, la preocupa mucho.

—Eso es asunto mío. Que me devuelvan el abrigo, voy a marcharme.

—Es usted una mujer singular —le dijo acercándose a ella. Rosalie retrocedió lentamente hasta que casi cayó debido a los almohadones que había a su espalda cubriendo el suelo en una montaña que la invitaba a dejarse caer mullidamente en ella.

—¿Con qué derecho me retiene aquí? Si el señor Grisaille se entera de su actitud, lo va a lamentar.

—¿Qué ha hecho esta vez el pequeño Laurent?

—¡Yo no le he dicho nada!

—Sus ojos lo gritan con desesperación. Laurent es su hijo, pero usted está horrorizada por lo que el niño hace, por eso está aquí en mi casa.

—Usted tuvo la culpa. Laurent era un niño normal hasta que sacó aquellas malditas cartas.

—Su hijo impresionó a todos, *madame*.

—Sí, impresionó, pero usted le dijo que podía matar, usted tiene la culpa.

—¿De qué, *madame*? —preguntó con una sonrisa de burla.

—*Madame* Harta se precipitó por la escalera y murió. ¿Pudo Laurent hacerla caer? —Quizás. Una mente poderosa puede provocar un *shock* a otra más débil y si ésta se halla al borde de un precipicio, ocurre la fatalidad, pero usted quiere decirme algo más.

—Usted envenenó la mente de mi hijo y ahora parece odiar a todo el mundo.

—A usted la ama.

—¡Yo quiero que ame a todo el mundo!

—Algo terrible la perturba, *madame*, algo que debe haber hecho Laurent.

—¡Laurent es un asesino y hay que salvarlo!

No pudo más, su tensión estalló y rompió en sollozos. Se sintió en los brazos fuertes del sij. Necesitaba llorar sobre el pecho de alguien, hacía demasiados años que tenía que luchar sola aunque fuera bajo el amparo del viejo Grisaille.

—El niño puede recuperarse, no lo delate. Es su hijo y no debe decir nada a nadie de lo que usted sabe.

—No, no diré nada, nada. Es mi hijo, es mi hijo.

Arakhan la volcó sobre los almohadones y allí deslizó sus manos cargadas de un fuerte magnetismo por el cuerpo de la mujer que, pese a la ropa que se interponía entre las manos del sij y ella, se estremecía.

—Déjeme, déjeme —suplicó Rosalie.

Arakhan la besó en los labios y el condenado sabía besar. A la joven la cabeza comenzó a darle vueltas. Era como si su cerebro fuera violentamente absorbido por un sumidero que todo lo engullía, un sumidero en el que podía desaparecer su espíritu.

—No siga, se lo suplico, no siga.

—*Madame*, es usted maravillosa.

Toda ella temblaba. Una sola vez había recibido en su cuerpo la penetración de un hombre. Después, la viudedad, la carestía del sexo, las largas noches de soledad y ansia.

—¡No, no, no!

Hundiéndose en los almohadones, Rosalie trató de escapar, pero él la cogió por los tobillos y tiró de ella hasta que consiguió cogerla por los cabellos. La obligó a volver la cabeza y mirarle a los ojos.

—La amo, *madame*, la amo.

—¡Suélteme!

—Es usted mía, sólo que le hace falta un poco de doma. —Arakhan se levantó, se quitó el ancho cinturón de cuero negro y lo hizo restallar en el aire.

—¿Qué va a hacer?

—Es usted mía, mía y de nadie más y tiene que entenderlo.

—¡No me pegue, no me pegue, le encerrarán si lo hace!

Arakhan la azotó con su correa, la azotó en la espalda, en las nalgas, en los muslos, en los brazos, la azotó pese a las súplicas de Rosalie que trataba de desaparecer bajo los almohadones.

—¡Canalla, basta, basta! —suplicaba entre sollozos de dolor y de miedo.

Para Arakhan, aquello no fue un juego sino un castigo sádico y metódico. Luego, arrojó la correa al suelo y se arrodilló junto al cuerpo encogido de Rosalie para desabrocharle las ropas, pues la había azotado con ellas puestas. La mujer se quejaba cada vez que él la tocaba.

—Siento haber tenido que castigar esta piel tan hermosa —le dijo besándola en aquellos lugares donde aparecían fuertes rojeces que al paso de las horas se tornarían morados.

—¡Miserable!

Arakhan no cedió en sus caricias ni en desnudar el cuerpo de Rosalie hasta que pudo contemplarlo en su totalidad. Ella no osaba moverse porque todo su cuerpo era dolor. Jamás había sospechado que sufriría un azote semejante. Era como si se hubiera introducido en otro mundo por una puerta tan mágica como maléfica.

—Mírame a los ojos, mírame y abre tu cuerpo porque yo te voy a dar el paraíso y el infierno.

Rosalie gimió mientras sentía que él entraba en ella con fuerza imparable. Después, fue como dejarse mecer en las olas de un mar violento y embravecido. Chilló y no supo si era por el dolor que sentía en todo su cuerpo azotado, si por rabia o por un placer que se negaba a admitir que sentía.

CAPÍTULO X

Janine se sentía abrumada y desconcertada. Desaparecida Aurore, muerta su madre, ausente su hermano Bertrand, vestida de negro y residiendo en la mansión de su severo tío, mansión a la que deseaba acostumbrarse pero que le venía excesivamente grande para las costumbres que tenía. Deambulaba de un lado a otro, escondiéndose al mismo tiempo para no sentir sobre sí miradas de reproche o interrogación.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Janine a Rosalie que se hallaba en la cama—. Sí, sí, no te preocupes —le respondió Rosalie conteniendo un gesto de dolor.

—Haces muy mala cara.

—Ya sabes que las mujeres tenemos días tontos, a unas les da más fuerte que a otras.

—Si quieres que te traiga un vaso de leche caliente, un te o alguna otra cosa…

—Eres muy amable. Ya tengo agua aquí, gracias. Déjame descansar, lo que quiero es poca luz y descansar.

—Como quieras —aceptó Janine.

Era obvio que Rosalie deseaba quedarse a solas y que nadie supiera lo que le había ocurrido. Estaba muy lejos de querer denunciar al sij por todo lo que le había hecho.

Cuando se quedó a solas, con gestos de dolor que ya no se molestó en disimular, se incorporó en la cama. Sentía más el dolor que veinte horas antes. Anduvo hacia el gran espejo y se quitó el camisón para poder ver su cuerpo. Era todavía joven y muy hermosa, no le sobraba ningún kilo, su cintura era estrecha y sus caderas redondas y bien moldeadas.

Los hombres más exigentes se habrían complacido en posar las

manos sobre aquellas caderas, besar el terso vientre o lamer las puntas de aquellos pechos fuertes y casi agresivos.

Sus pezones, por algo de frío o estremecimiento, se irguieron hasta sobresalir casi tres centímetros. Instintivamente, Rosalie cogió ambos pezones con las yemas de sus dedos pulgar e índice, acariciándolos. Quizás deseaba que un hombre, no quiso decirse a sí misma qué hombre en concreto, chupara aquellas cúspides de su cuerpo que tenía que limitarse a acariciar por sí misma.

Delante no mostraba huella alguna de castigo, de flagelación y sadismo, pero al girar su cuerpo y volver su cabeza para no perder de vista el espejo que la reflejaba, pudo ver los cardenales en líneas largas y anchas cruzando espalda, cintura, nalgas e Incluso en la parte posterior de los muslos.

Toda ella estaba dolorida. Cada movimiento que hacía era como un puñetazo en cada uno de aquellos morados que trataba de esconder hasta que desaparecieran. No quería que nadie supiera lo que le había sucedido, no quería que nadie llegara a preguntarle por algo que ni ella misma alcanzaba a responder.

No sabía cómo había llegado a la casa de Arakhan, aunque sí sabía que él la había castigado a correazos y después la había poseído con habilidad oriental, aunque poco sabía ella al respecto para poder comparar.

Sí sabía que en el cénit de aquella posesión sensual a que fuera sometida, se había sentido otro ser. Había perdido la racionalidad para convertirse en un cuerpo de hembra convulsivo y orgásmico. Había gemido, chillado y suplicado.

No podía soportar aquella excitación que sacudía su bajo vientre, su sexo desde el exterior a lo más hondo de sus entrañas; sin embargo, como paradoja y contradicción, exigía que se prolongase, que la vibración que la sacudía hasta el infinito no cesara jamás y desaparecer del mundo de los vivos en medio de aquella oleada de infinito placer.

Lo que Rosalie no podía contar a nadie, aparte de sus sentimientos, de sus sensaciones y deseos sensuales, era lo que sabía de su pequeño monstruo llamado Laurent.

Volvió a enfundarse en el camisón y se acostó dispuesta a permanecer en la cama durante cuarenta y ocho horas. Sacó un frasco de pastillas de la mesita de noche, cogió tres y con un vaso

de agua, se las tragó. Necesitaba dormir, que pasaran horas. Su cuerpo, al despertar, dolería menos.

Cuando Janine se encontró con el pequeño, seguía desconcertada, sin saber qué hacer en aquella gran casa donde naciera su madre, la casa tan soñada por ella y a la que había vuelto para morir.

—Janine, ¿has visto qué juguete me han regalado?

—¿Juguete?

El niño le mostró el metrónomo cuyo péndulo tenía la piedra negra que lanzaba destellos.

—Es muy divertido. Tú tienes que mirar la piedra y seguirla con los ojos. Siéntate y lo pondremos sobre la mesa. Fíjate, hace
tic-tac,
tic-tac…

Por hacer algo, no sabiendo en realidad a qué dependencia de la casa dirigirse, obedeció las indicaciones del niño y comenzó a seguir con sus pupilas el movimiento pendular y monótono de la brillante piedra.

—Te sientes cansada y tienes sueño, Janine, mucho sueño. No puedes cerrar los ojos pero estás dormida, la piedra te hechiza.
Tic-tac,
tic-tac,
tic-tac…
El metrónomo oscilaba Incansable mientras lanzaba sus pequeños destellos que, como relámpagos, se esparcían entre las membranas de las retinas de Janine.

—Janine, ¿me oyes?

—Sí, te oigo —admitió ella con voz profunda, como salida de un sueño del que no conseguía despertar.

—Irás a la cocina y prepararás un vaso de leche tibia para el abuelo, se la toma antes de dormir. La endulzarás con este terrón que te doy, no lo pierdas.

—No lo perderé —asintió ella.

—Cuando el abuelo se haya tomado la leche con este terrón de azúcar, despertarás y no te acordarás de lo que has hecho. Ahora, ve a llevarle su leche al abuelo y no le digas nada a nadie. Vete, vete —apremió Laurent.

Dejó al niño con su metrónomo y se dirigió a la cocina bajando

la gran escalinata. Allí estaba la cocinera que no le dijo nada. Sabía que era la sobrina del amo y no debía molestarla.

Janine buscó un bote, puso leche en él y lo calentó en la lumbre de carbón. Después, llenó un vaso. La cocinera, en silencio, la miraba de reojo.

Janine dejó caer en el vaso el terrón que le diera Laurent y lo agitó con la cuchara. Colocó el vaso sobre una bandeja de plata y se dirigió a la alcoba de Pierre Grisaille, pero el viejo no estaba allí. Descendió la escalinata, seguida a distancia por la mirada del niño, y fue al gabinete. Lo abrió y allí frente a ella, al otro lado de la mesa, con gesto cansado, estaba su tío que levantó los ojos para ver quién osaba Interrumpirle sin haber llamado previamente a la puerta.

—Ah, eres tú, Janine.

—Le traigo su leche caliente.

Grisaille iba a poner una objeción, pero se sentía cansado y su enfermedad le atacaba provocándole dolor.

Tomó el vaso y comenzó a beber. Era costumbre en él tomar aquel vaso de leche tibia para irse a dormir, pues tenía comprobado que le ayudaba a conciliar el sueño.

—Qué gusto más raro tiene.

Janine no dijo nada, tampoco se movió de donde estaba. Observó como el anciano tomaba su vaso de leche y cuando ya vacío lo dejó sobre la bandeja de plata, la muchacha tuvo la sensación de que despertaba. Parpadeó y miró alrededor como si no supiera bien dónde se encontraba.

—Agh, qué mal me encuentro —se quejó Pierre Grisaille—, qué mal me encuentro…

Se inclinó sobre su escritorio, sobre el libro de cuentas que había estado revisando. —Tío, tío, ¿qué le sucede?— preguntó Janine muy asustada.

Pierre Grisaille hizo un supremo esfuerzo y girándose, la cogió por el brazo como si sus dedos hubieran adquirido de pronto la dureza del acero. Con ojos soliviantados, rugió:

—¿Qué me has dado, bruja, qué me has dado?

—No sé, no sé…

—¡Me muero, me muero!

Janine se apartó de él y salló del despacho gritando.

—¡Socorro, socorro, mi tío se encuentra muy mal!

Pronto acudieron el mayordomo, un criado y una criada que llevaron a Grisaille a su alcoba dejándolo en la cama mientras el mayordomo llamaba al médico de la familia.

El doctor ya encontró en coma al anciano. Tras hacerle un reconocimiento, preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, doctor —dijo Janine—. Se ha puesto a gritar como loco y ha caído enfermo.

—Tendríamos que llevarlo al hospital, pero no va a llegar vivo. De todos modos, llamaré a la ambulancia.

El mayordomo se acercó al médico para comunicarle:

—*Madame* Rosal le está durmiendo, creo que ha tomado algo para descansar. Por lo visto no se encontraba muy bien.

—Pues, habrá que notificarle lo que ocurre. Primero llamaré al hospital para que envíen una ambulancia y después veré a *madame* Rosalie.

Así lo hizo el doctor y cuando entró en la alcoba de Rosalie, acompañado de una criada, descubrió la caja de medicamentos que había sobre la mesita y el vaso de agua.

Abrió el frasco y comprobó con alivio que quedaban muchas pastillas dentro, por lo que la joven viuda había tomado pocas.

—Despertarla ahora no sería bueno —opinó el médico—. Mantengan la vigilancia y cuando despierte, notifíquenle lo que ocurre.

Cuando salió de la alcoba de Rosalie, mientras permanecía a la espera de la llegada de la ambulancia, se le acercó la cocinera.

—Señor doctor…

—¿Sí?

—Madeimoselle Janine ha preparado la leche para el amo.

—¿De veras?

—Sí, y llevaba algo cono un terrón de azúcar que le ha puesto dentro.

—¿Suele ser ella quien le da ese vaso de leche?

—No, nunca antes lo había hecho, sólo esta noche y me ha extrañado, por eso he pensado que debía decírselo.

—¿Y el vaso?

—No lo sé, señor doctor, a la cocina no ha regresado.

—¿Dónde ha tomado la leche?

El médico, inquieto, buscó en la alcoba. Al no encontrar el vaso allí, se encaró con el mayordomo para preguntarle:

—Cuando el señor Grisaille se ha puesto tan mal, ¿dónde estaba?

—En su gabinete, señor doctor.

—Acompáñeme.

El médico y el mayordomo se dirigieron al gabinete. Allí, sobre la bandeja de plata, estaba el vaso en el que aún podían verse restos de leche.

—Usted es testigo de que cojo este vaso de aquí.

—Por supuesto, señor. ¿Sucede algo con ese vaso?

—Lo haré analizar en el hospital para ver qué es lo que ha tomado *monsieur* Grisaille.

Cuando arribó la ambulancia, el viejo agonizaba.

Sin llegar a despertar. Ingresó ya cadáver en el hospital, donde quedó a disposición del juez para que éste ordenara su autopsia, ya que el médico de familia se negó a extender el certificado de defunción.

El vaso fue entregado al laboratorio de análisis para que se investigara cuál era su contenido. La muerte de Pierre Grisaille no estaba nada clara.

CAPÍTULO XI

El entierro de Pierre Grisaille fue mucho más solemne y concurrido que el de su hermana. Coronas y más coronas de flores se amontonaban rodeando el lujoso ataúd de caoba y herrajes de plata.

A la cabeza del sepelio estaba Rosalie y su hijo el pequeño heredero. Bertrand se hallaba en alta mar y había enviado un radiograma de condolencia, indicando que en cuanto pudiera tomaría un avión para llegar a la mansión Grisaille.

Por su parte, Janine había ingresado en la prisión de mujeres donde había comenzado a dar muestras de locura, ya que no entendía nada de lo que le ocurría. Su hermana había desaparecido, su madre había muerto accidentalmente y su tío, según decía el juez, había sido asesinado y a ella se la procesaba por ese crimen, acusándola de envenenadora.

Había pruebas y testigos suficientes para mandarla a la guillotina mientras el pequeño Laurent ponía cara compungida, agarrado a la mano de su madre.

Amigos, parientes lejanos y autoridades fueron desfilando ante ellos para testimoniarles su condolencia.

Rosalie, vestida rigurosamente de luto, se encontró con los ojos enigmáticos y ardientes de Arakhan. Bajó los párpados para rehuirlos y dejó que el sij le besara ceremoniosamente el dorso de la nano.

«Dios mío, que termine pronto este suplicio» pensó, ansiosa por escapar del cementerio.

Al fin, regresaron a la mansión donde madre e hijo quedaron a solas con la servidumbre.

—Mamá —interpeló el niño durante la frugal cena en la que

ninguno de los dos parecía tener apetito.

—¿Sí?

—No seguirás pensando en casarte con el hermano de la asesina del abuelo, ¿verdad?

Rosalie quedó pensativa. Todo era confusión en su mente torturada. Le habían dicho que Janine enloquecía en la cárcel donde ya sus compañeras de prisión le hacían significativos gestos con el dedo alrededor del cuello advirtiéndole de cuál era el destino que la aguardaba: La guillotina.

Habían sucedido demasiados hechos luctuosos para poder conseguir cierta claridad de mente. Por otra parte, no podía olvidar el comportamiento monstruoso de su propio hijo.

—Ésa es una decisión que deberé tomar yo en su día, Laurent, ahora no es momento para hablar de ello.

—¿Tú te puedes casar con quien quieras?

—Por supuesto, soy libre.

—¿Y el testamento del abuelo?

—Es demasiado pronto para saber lo que dice el testamento del abuelo. Supongo que el Juez lo leerá dentro de unos días y vendrá gente a hacer un inventarlo de todo; pero, no temas, tu abuelo siempre dijo que tú serías el heredero, el futuro amo.

—Pero, tú me dijiste que hasta que no fuera mayor no podría ser el amo Grisaille.

—Así es. Mejor no hablemos ahora de estos temas, son demasiado importantes y no me siento demasiado bien. —Lo miró con mucha fijeza, como si tratara de leer en su mente. El niño pareció adivinarlo y sonrió malicioso—. Laurent, ¿qué sabes tú de lo que hizo Janine?

—Yo no sé nada, mamá. Todos dicen que esa bruja es una asesina.

—No hables así, Laurent, los dos sabemos que hay que callar, lo que no sé es hasta cuándo.

—No le dirás a nadie lo del desván, ¿verdad, mamá?

—No, si tú no me obligas.

—Ahora ya estamos solos, mamá.

El niño, muy sonriente, se levantó de su silla y fue a besarle la mejilla tras rodear la larga mesa.

—Te quiero mucho, mamá, pero debemos estar siempre solos los

tres.

—¿Los tres?

—Sí, mamá, los tres.

—¿Quién es el tercero? ¿Acaso ya aceptas a Bertrand?

—No, eso jamás.

Y salió corriendo del Inmenso comedor.

—¡Espera, Laurent, espera!

Fue inútil su llamada, el niño se perdió escaleras arriba y se encerró en su habitación con llave.

Angustiada, Rosalie golpeó la puerta. La servidumbre la observó a distancia sin intervenir, era un asunto entre madre e hijo. Ambos podían estar nerviosos después de un día tan aciago como aquél en el que habían enterrado al amo Grisaille.

Rosalie, agotada y todavía con el dolor de los cardenales en su cuerpo, cardenales que nadie conocía salvo ella y quien se los había hecho, se retiró a su dormitorio.

«Tengo que dormir, tengo que dormir o me voy a volver loca», se dijo.

Se desvistió y se hundió en la amplia y mullida cama que tenía que haber sido su lecho matrimonial.

Buscó las pastillas pero habían desaparecido, el doctor se las había quitado tras reconvenirla por su inclinación a los somníferos.

Maldijo al médico y a su propia suerte y se dijo que al día siguiente enviaría a algún sirviente para que le comprara somníferos.

Pese a creer que no lograría conciliar el sueño, se durmió hasta que las pesadillas vinieron a perturbar su espíritu.

Se vio corriendo en medio de hogueras que despedían espeso y asfixiante humo y que le impedían ver hacia dónde debía dirigirse. Se ahogaba mientras sentía que su cuerpo se quemaba por el calor de las fogatas.

De pronto, ante ella surgió la figura impresionante del sij.

—¡Arakhan!

Despertó sobresaltada y le descubrió frente a ella a los pies del lecho, sonriéndole seguro y enigmático.

—¡Arakhan!

—Tranquila, no grites porque tendría que hacer callar tu lengua.

—¿Qué hace aquí, cómo ha entrado?

—Esta casa es antigua, tiene muchos misterios y entre esos misterios están los pasadizos secretos que Laurent conoce bien.

—¿Laurent? —Sí, tu hijo.

—¿Quiere, quiere decir que mi hijo se lo cuenta todo a usted?

—Levántate y ven conmigo. Hazlo de buen grado porque de lo contrario sabrás del peso de mi cólera y tu cuerpo aún no se ha librado de los dolores de nuestro último encuentro.

Tragó saliva. No quería volver a ser flagelada y Arakhan parecía saber muy bien lo que hacer.

Casi junto al ventanal, cerca del ángulo de la pared, había un antiguo armarlo que se había desplazado hacia la derecha dejando al descubierto una oquedad que Arakhan iluminó con una linterna.

—Pasa por aquí —le ordenó.

—¿Adónde vamos?

—No grites, sólo está la servidumbre.

La hizo recorrer un pasadizo secreto hasta que llegaron a una siniestra escalera de caracol hecha en piedra por la que comenzaron a bajar. De cuando en cuando, se encontraban con otros laberínticos pasadizos, hasta que llegaron a tal profundidad que a Rosalie le pareció que se internaban en el centro de la tierra.

Avanzaron por siniestros y húmedos pasadizos encontrando puertas carcomidas por la humedad hasta que Arakhan se detuvo frente a una de ellas.

La abrió con violencia y enfocó hacia el interior al tiempo que empujaba a Rosalie para introducirla en lo que parecía una lóbrega y húmeda mazmorra.

El grito brotó agudo de la garganta femenina, pero no intimidó a Arakhan que iluminaba con su linterna el despojo humano que colgaba de la pared, sujeto por una argolla y una cadena.

—¿No reconoces a este repugnante cadáver?

—¡Noo, noo, sáqueme de aquí, sáqueme! —gritó Rosalie.

Arakhan la castigó con un revés de izquierda que la lanzó contra la pared.

—Será mejor que te serenes —le dijo—. Ése es tu marido, tu Laurent.

—¡No puede ser, él desapareció en el barco, desapareció en el barco!

—Allí le capturé yo con ayuda de mi criado. Le aconsejé que

fuera a aquel solitario pueblecito a pasar parte de su luna de miel. Esperaba mi ocasión.

—¡No puede ser, no puede ser! —repitió lívida.

—Sí puede ser. Su escasa vitalidad no le permitió romper tu virginidad. El ser que hizo estallar tu cuerpo de placer fui yo y no él, ahora entenderás de quién es hijo el pequeño Laurent.

—¿Por qué, por qué lo hiciste? —preguntó entre sollozos.

—Pierre Grisaille había arruinado a mi padre. A *mí* me dejó seguir en los negocios, pero casi como un esclavo suyo, dependiendo de él. Era un ladrón sin escrúpulos y juré vengarme. Lo planeé todo muy bien. Yo sería quien ejecutara a su hijo, cono él había acelerado la muerte de mi humillado padre. Yo rompería la virginidad de su distinguida nuera y sería el padre de su único nieto, del futuro amo de la fortuna Grisaille. ¿Lo vas entendiendo, querida? Pierre Grisaille nos despojó de nuestros bienes, de nuestros negocios, y quedamos dependientes de él. Ahora, yo me casaré contigo y oficialmente seré el padre de mi hijo natural. El niño será el heredero, pero yo disfrutaré de la fortuna Grisaille y de forma legal.

—¡Eso jamás, nunca me casaré contigo!

—Todo está planeado para que suceda como yo lo he previsto. Te casarás conmigo y ambos seremos los tutores del heredero.

—¿Y si no acepto?

Rosal le rehuía en todo momento mirar el esqueleto de su marido.

—Puedo dejarte aquí encerrada. Te advierto que por más que grites, nadie te va a oír y terminarás como él. —Señaló el esqueleto —. Nadie te buscará aquí. Sólo tu hijo Laurent sabe que existe este lugar.

—¿Él sabe esto?

—Sí, y sabe que soy su padre. Tiene ciertos poderes, pero no tantos como supone. Yo he dirigido su mente. Yo le dictaba los símbolos de las cartas Zener que tú veías, porque yo sí podía leer tu pensamiento. Después le regalé el metrónomo y le enseñé a hipnotizar. Él te hipnotizó, enviándote a mi casa.

—¡No, Dios mío, no!

—Sí, él te envió a mis brazos. También le Indiqué lo que debía hacer para librarse de Aurore. La verdad es que en este caso tuve

que ayudarle. Yo mismo hundí la punta del casco en el vientre de la chica. El pequeño Laurent ha hecho todo lo que yo le he ordenado porque el poderoso soy yo. El hipnotiza cuando yo se lo pido y nadie sospecha de él.

—¡Es monstruoso lo que me estás diciendo!

—Tú te casarás conmigo y Laurent será nuestro hijo oficial porque fui yo quien lo engendró en tu vientre. El será el heredero y yo, su tutor. Nadie podrá impedirlo, conozco el testamento y dice que el nieto tendrá como tutores a su madre y al hombre que se case con ella hasta que alcance la mayoría de edad. El imbécil de Pierre Grisaille jamás pudo imaginar que ese hombre sería precisamente yo, el sij Arakhan.

Se echó a reír y su carcajada pareció más ronca, más terrible en aquella lóbrega mazmorra donde se había terminado de pudrir el cadáver de un hombre.

—¡Me casaré con Bertrand y…!

—No, querida, te casarás conmigo y yo seré el amo, porque el niño, aunque llegue a la mayoría de edad, siempre hará lo que yo le diga. Su mente estará sometida al poder de la mía.

—¡El amo seré yo, yo solo! —gritó de pronto el pequeño Laurent en el umbral de la puerta.

Cuando Rosalie y el sij se dieron cuenta de la situación, el niño cerró la puerta con terrible violencia. Ambos trataron de abrirla, pero el niño la cerró con llave, riéndose malignamente.

—¡Laurent, Laurent, abre, abre! —chilló Rosalie mientras Arakhan trataba de dominarlo con el poder de su mente.

Has, el niño reta y reía mientras se alejaba corriendo en busca de la escalera de caracol. Escapó de los laberínticos y lóbregos pasadizos iluminándose con la pequeña linterna que tenía mientras Arakhan y Rosalie aporreaban inútilmente la sólida puerta que les impedía escapar a una muerte horrible.

Cerrados ya los pasadizos, el pequeño Laurent se dirigió al gabinete del hombre que había pasado por ser su abuelo sin que ningún lazo de sangre les uniera.

Se sentó tras el escritorio, puso sus pequeños pies encima de la mesa y repitió:

—¡Yo soy el amo, yo soy el amo!

Se echó a reír y su risa aguda llenó la estancia, una risa

histérica, incontenible, que comenzaba a ser reflejo de la locura que se había desatado en su cerebro al creerse poseedor de unos supuestos poderes mentales que jamás habían existido.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts